

EL VIAJE INCREIBLE



SHEILA BURNFORD

Lectulandia

Los protagonistas son tres sorprendentes amigos: Bodger, un viejo perro bull terrier; Luath, un joven perro labrador; y Tao, un gato siamés.

Sus dueños, los Hunter, deben realizar un viaje a Inglaterra y dejan a las mascotas al cuidado de John Longridge, un amigo de la familia. Pero un descuido hará que los tres compañeros queden desamparados. Añorando su hogar, deciden emprender un increíble viaje de regreso a casa a través de la naturaleza virgen de Canadá.

Una inolvidable historia de coraje, valor y amistad, que fue llevada al cine por Walt Disney Pictures con gran éxito.

Lectulandia

Sheila Burnford

El viaje increíble

ePub r1.0

lenny 26.05.14

Título original: *The Incredible Journey*

Sheila Burnford, 1960

Traducción: Carlos Coldaroli

Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mis padres
I.P. y W.G.C. Every
y a sus nietas
Peronelle, Jonquil y Juliet
que crecieron bajo la despótica garra blanca
del querido Bill

Los animales

Creo que podría volver y vivir con los animales,
tan plácidos e independientes son.
Me paro ante ellos y los miro un rato largo.
No sudan ni gimen por su condición,
no yacen despiertos en la oscuridad
ni lloran por sus pecados.
No me hacen vomitar discutiendo
sus deberes para con Dios.
Ninguno está insatisfecho, ni se enloquece
con la manía de poseer cosas.
Ni se arrodilla ante otro, ni tampoco ante su especie
que vivió hace miles de años.
Ninguno es respetable ni industrioso
en toda la superficie de la Tierra.

WALT WHITMAN

Hojas de Hierba, «Canto de mí mismo», 32.

Capítulo 1

Este viaje tuvo lugar en una parte de Canadá que se encuentra en la zona prooccidental de la vasta provincia de Ontario, un área densamente boscosa, con infinitas cadenas de solitarios lagos y rápidos ríos. Miles de millas de caminos rurales, de ásperas sendas arboladas, de huellas cubiertas de hierbas que conducen a minas abandonadas y senderos que no figuran en los mapas y que corren como serpientes a lo largo y a lo ancho. Es una zona de extensas y solitarias granjas, de algunos villorrios y aldeas ampliamente diseminados, de solitarias cabañas donde viven cazadores de pieles y campamentos de explotación forestal. La mayoría de su industria proviene de las grandes compañías de pulpa y papel que trabajan sus concesiones madereras en lo profundo del corazón de los bosques; y de las minas, por su riqueza en minerales. Los buscadores de minas trabajan ahí; son cazadores de pieles e indios. Y a veces los monteros, que se internan por los lagos vírgenes en sus pequeños hidroaviones. Hay pioneros con visiones que van más allá del límite de la vida humana. Y los que han dejado para siempre el bullicio de la civilización, para hundir su identidad en la incuestionable aceptación de la soledad. Pero todos estos seres humanos juntos son como un puñado de arena en las playas de los océanos y, en su mayor parte, reinan el silencio y la soledad en un ininterrumpido modo de vida para los animales salvajes que abundan por ahí: alces y venados, osos pardos y negros; linceos y zorros; castores y ratas almizcleras, martas y visones. Ahí vive el pato salvaje y el ganso canadiense, pues esa zona se encuentra en el centro de su vuelo migratorio. Los lagos y ríos claros, bordeados por árboles, están colmados de truchas veteadas o con los colores del arco iris, sollos, lucios y esturiones blancos.

Casi la mitad del año la comarca está cubierta de nieve y durante semanas, durante un tiempo, la temperatura puede estar debajo de cero. No se produce un lento crecimiento en la primavera sino un súbito y breve estallido del verano cuando todo se desarrolla con un abandono salvaje. Y de pronto, he ahí otra vez el otoño. Para muchos que viven ahí, el otoño es la parda coronación del año, con días soleados y claros y el vigorizante aire de las tierras norteñas, con un diáfano cielo azul y hojas a la deriva y, hasta donde alcanza la vista, el infinito panorama del rico, glorioso y flamígero color de los árboles al cambiar de aspecto.

Por esa región pasaron los tres viajeros. Era otoño, durante los días del veranillo de San Martín, que por allá llaman «el verano indio».

John Longridge vivía a varias millas de uno de los pueblitos, en una vieja casa de piedra que había pertenecido a su familia durante generaciones. Era un hombre alto, austero y agradable, de unos cuarenta años, soltero y escritor profesional, autor de varias biografías históricas. Gran parte de su tiempo la invertía en viajar y recoger material para sus libros, pero siempre retornaba a la vieja y cómoda casa de piedra

para escribir. Durante esos períodos de creación le encantaba la casa y por muchos años disfrutó de un arreglo ideal para sus necesidades domésticas con un matrimonio de edad mediana, la señora Oakes y su marido Bert, que vivían en una modesta casita a media milla de distancia. La mujer iba todos los días para ocuparse de la casa y preparar las comidas principales. Bert se encargaba del horno, del jardín y de todas las changas. Realizaban todo ello sin molestar al señor Longridge y entre los tres existía un perfecto acuerdo.

En la víspera del viaje increíble, a fines de septiembre, Longridge se hallaba sentado junto a un fuego chisporroteante, en su cómoda biblioteca. Las cortinas estaban corridas y la luz de las llamas jugaba en los anaqueles y bailaba en el cielo raso. La otra única luz del cuarto provenía de una pequeña lámpara con pantalla en una mesa junto a su poltrona. Era una habitación muy apacible y el único ruido que se oía era el ocasional crepitar de los leños o el de las páginas del diario cuando las daba vuelta, algo que hacía con dificultad pues un esbelto gato siamés del color del trigo se hallaba enroscado en sus rodillas, con sus garras delanteras color chocolate curvadas hacia adentro, una sobre otra, y sus ojos como zafiros pestañeaban, de tanto en tanto, mientras contemplaba el fuego.

En el piso, con su cabeza huesuda y cubierta de cicatrices, descansaba, sobre uno de los pies del hombre, un viejo bull terrier inglés. Tenía muy juntos sus ojos sesgados y almendrados, profundamente hundidos dentro de sus bordes rosados. Una de sus grandes orejas triangulares captaba la luz de la chimenea, lo que le daba a su interior un delicado tono rosado, de modo que parecía casi transparente. Cualquiera que no estuviera acostumbrado a los rasgos bastante extraños de la belleza del bull terrier lo hubiera tomado por un perro de una fealdad rara, por no decir directa, con el desnudo arco hacia abajo de su perfil, su pecho hundido, su cuerpo rechoncho y una cola finita como un látigo. Pero el verdadero amante de una antigua y honorable raza habría reconocido la sangre y los huesos de este cuerpo envejecido y castigado por los años. Habría reconocido que, en su juventud, había sido un magnífico ejemplar de músculos compactos y sinuosos, criado para luchar y durar. Y lo habría amado por esa curiosa mezcla de luchador feroz e inflexible aunque ahora estuviera destinado a ser un animalito doméstico y dócil y, sobre todo, por el aire de alegre socarronería que brillaba en sus ojos sesgados.

Se retorció y suspiraba a menudo, como suelen hacerlo los perros viejos y, por una vez, su raída cola, con un parche en la última coyuntura, estaba quieta.

Junto a la puerta yacía otro perro, con el hocico sobre las patas. Tenía abiertos sus ojos pardos, en actitud de vigilia, contrastando con la sensación de paz que irradiaba de los otros ocupantes del cuarto. Era éste un gran perro perdiguero, un labrador, de un rojo dorado, joven y con toda la herencia de sus robustos y laboriosos antepasados que se notaba en su noble, ancha y maciza cabeza y en su boca hundida, roma y

suave. Levantó la cabeza cuando Longridge se levantó de la poltrona, colocando al gato en el suelo, con una palmadita de disculpa y, con mucho cuidado sacó el pie de abajo de la cabeza del perro viejo antes de cruzar la habitación para correr una de las espesas cortinas y mirar hacia afuera.

Una enorme luz anaranjada se elevaba justo encima de los árboles en el extremo del jardín y una rama de un viejo árbol de lilas golpeaba suavemente, agitada por la brisa, el vidrio de la ventana. Afuera había suficiente luz como para ver el jardín en sus detalles y observar cómo las hojas habían marchado otra vez a la deriva por el césped, pese a que hacía poco, esa misma tarde, las habían rastrillado y sólo quedaban unas valientes reinas Margaritas para darle color a los arriates.

Se dio vuelta y cruzó la habitación, haciendo temblar otra luz, y abrió una alacena estrecha que se hallaba a mitad de la pared. En su interior había varias escopetas en sus soportes y las miró pensativamente, pasando cariñosamente los dedos a lo largo de sus suaves y granulosa culatas, pulidas al contacto de sus manos, y por último levantó una escopeta de doble caño, hermosamente tallada. La dobló en dos para mirar los resplandecientes caños. Y, como ante una señal, el perro joven se sentó en silencio en las sombras, con las orejas erguidas, interesado. El arma recuperó su posición original, haciendo un ruidito que demostraba que estaba bien aceiteada, y el perro gimió. El hombre volvió a colocarla en su lugar, en actitud contrita y el perro volvió a tenderse, con la cabeza hacia otro lado y una mirada desdichada.

Longridge se dirigió hacia el perro en un intento por borrar su gesto irreflexivo, pero cuando se agachó para palmearlo sonó de pronto el teléfono con tanta estridencia en medio de esa calma que el gato, indignado, salió de un salto de la poltrona y el bull terrier se puso torpemente de pie.

Longridge levantó el tubo y al instante oyó la voz jadeante de la señora Oakes, acompañada por una nota aguda y quejumbrosa que llegaba desde lejos.

—Hable más alto, señora... apenas puedo oírla.

—También yo apenas puedo oírlo —le respondió esa lejana voz, casi sin aliento—. ¿Así está mejor? Ahora le estoy gritando. ¿A qué hora parte usted por la mañana, señor? ¿Cómo dice? ¿No puede hablar más fuerte?

—A eso de las siete. Tengo que llegar al lago Heron antes de la caída de la noche —le gritó, notando, divertido, la escandalizada expresión del gato—. Pero no es necesario que usted venga a esa hora, señora.

—¿Cómo dijo? ¿A las siete? ¿Le sería lo mismo que fuera a eso de las nueve? Mi sobrina llega en el primer ómnibus y me gustaría encontrarme con ella. Pero no quiero dejar solos a los perros demasiado tiempo...

—Por supuesto que debe encontrarse con ella —le respondió. Ahora estaba gritando, realmente, a medida que aumentaban los zumbidos—. Los perros van a estar bien. Lo primero que haré por la mañana será sacarlos y...

—¡Gracias, señor Longridge! Estaré ahí a eso de las nueve, sin falta. ¿Qué dijo de los animales? (¡Oh, esta maldita línea!) No se preocupe por ellos. Bert y yo nos ocuparemos... dígame al viejo Bodger... que le llevamos un buen hueso... con mucho tuétano. ¡Ah, espere hasta que le diga a ese operador lo que pienso de...!

Pero justo cuando Longridge recogía fuerzas para tomar más aliento la línea quedó muerta. Volvió a colgar el tubo con alivio y miró al perro viejo, que se había trepado clandestinamente a la poltrona y se había acomodado contra los almohadones, con los ojos medio cerrados, esperando la reprimenda. Longridge lo trató de pillo oportunista, de bárbaro sibarita y de ser una vergüenza para su raza y antepasados.

—¡Y —agregó, haciendo una pausa para darle mayor énfasis a sus palabras— un perro muy, *muy... malo!*

Ante estas dos últimas terribles palabras, el terrier aplastó las orejas contra la cabeza y hundió sus ojos sesgados hasta que casi desaparecieron. Después encogió los labios por encima de los dientes en una sonrisa de disculpa, agitando el extremo de su cola maltrecha. Esa parodia de dolor produjo la acostumbrada suspensión de lo que su amo solía hacer: el hombre se rió y le palmeó su huesuda cabeza. Luego lo tentó a que bajara con la promesa de un paseo.

De modo que el perro, que era un innato payaso, se deslizó del sillón y se paró, sobre sus cuartos traseros en los almohadones, moviendo la cola y rozando al gato, que estaba sentado como una estatua egipcia, con los ojos medio cerrados y la cabeza erguida. Después emitió un gruñido y le dio un golpecito a la nariz del bull terrier, rosada y negra.

Luego siguieron al hombre hasta la puerta, donde el perrito esperó para unirse a la procesión. Longridge abrió la puerta que daba al jardín. Los dos perros y el gato pasaron entre sus piernas y salieron al fresco aire nocturno. El hombre se paró bajo el pórtico enrejado, fumando tranquilamente su pipa, y los miró un rato largo. Su rutina nocturna no variaba nunca: primero unos minutos para una investigación local por separado; después todos volvían a encontrarse y hacían una pausa antes de pasar por la brecha en el cerco, al pie del jardín, a internarse por los campos y los bosques de más allá. Siguió mirando hasta que desaparecieron en la oscuridad (la figura blanca del bull terrier, detrás de Longridge, no podía distinguir a las otras dos); después golpeó su pipa contra el escalón de piedra y volvió a entrar en la casa. Pasó algo más de media hora hasta que regresaron.

Longridge y su hermano tenían una pequeña cabaña en las orillas del remoto lago Heron y, dos veces por año, pasaban juntos dos o tres semanas llevando la vida que a ellos les encantaba: muchas horas en medio de un silencio amistoso en su canoa, pescando en primavera y cazando en otoño. Por lo general, cuando él se iba de su

casa se limitaba a cerrar con llave y a dejarle la misma a la señora Oakes para que pudiera entrar un par de veces por semana a fin de mantener caliente y aireado el ambiente. Sin embargo, ahora debía pensar en los animales. En un principio pensó dejarlos en una guardería de la ciudad, pero la señora Oakes, que le tenía cariño a ese trío, protestó enérgicamente y le aseguró que se ocuparía personalmente de ellos «antes de ver a esos pobres animalitos en una perrera y tal vez muriéndose de hambre, por añadidura». De modo que quedó establecido que ella y Bert cuidarían a los tres. De cualquier manera, Bert debería trabajar en el jardín, de modo que los animalitos quedarían al aire libre la mayor parte del tiempo. Y la señora Oakes los alimentaría y vigilaría mientras realizaba sus tareas en la casa.

Cuando terminó de empacar, Longridge se dirigió a la biblioteca para correr las cortinas y, al ver el teléfono, se acordó de la señora Oakes. Había olvidado pedirle que encargara café y otras cosas que había sacado de la alacena. Se sentó ante su escritorio y escribió unas líneas en un pequeño anotador.

Estimada señora Oakes —consignó en el papel—, por favor encargue café y reponga la comida envasada que saqué. Me llevaré a los perros (y a Tao también, por supuesto)... —Aquí llegó al final de la hojita del anotador; tomó otra y prosiguió —:... a dar un paseo antes de irme y les daré algo de comer, de modo que no permita que nuestro codicioso amigo blanco le diga que se está muriendo de hambre. No se preocupen usted y su marido demasiado por ellos... Ya sé que lo van a pasar muy bien.

Escribió sonriendo las últimas palabras pues el bull terrier tenía sojuzgada por completo a la señora Oakes y explotaba esa ventaja al máximo. Dejó esas páginas en el escritorio, debajo de un pisapapeles de vidrio. Después abrió la puerta al oír un ligero rasguño. El perro viejo y el gato entraron de un salto para saludarlo con su afecto habitual, trayendo con ellos el fresco olor de afuera. El perro joven los siguió, más tranquilo, y se paró, aparte, mientras el otro movía la cola como un látigo contra las piernas del hombre y el gato se le apretujaba ronroneando profundamente. Pero cuando su amo lo palmó, también movió la cola, de un modo breve y cortés.

El gato caminó por la biblioteca y fue a acurrucarse junto al calor de la chimenea. Después, cuando las cenizas se enfriaron, se trasladó a la parte superior del radiador. A mitad de la noche se iría arriba, para enroscarse junto al perro viejo. Era inútil cerrar la puerta del dormitorio, o cualquier otra de la casa; las abriría a todas, ya tuvieran cerrojos o picaportes. Las únicas que lo derrotaban eran las que tenían manijas de porcelana pues le resultaba imposible luchar con la brillante superficie con sus garras largas como las de un mono.

El perro joven se había ido hasta su alfombra en el piso de la cocinita de atrás, y el bull terrier trepó las empinadas escaleras y ya se hallaba enroscado en su canasta del dormitorio cuando Longridge se fue a acostar. Abrió uno de sus ojos brillantes y

sesgados al sentir la vieja manta que lo cubría. Después metió la cabeza debajo esperando la oportunidad que sabía vendría más tarde.

El hombre permaneció despierto un rato, pensando en los días que le esperaban y en los animales, pues la mirada penosa que veía en los ojos del perro joven lo hechizaba.

Ese extraño y encantador trío le había llegado unos ocho meses atrás, de la casa de un antiguo y querido amigo de la Universidad. Este amigo, Jim Hunter, era un profesor inglés en una pequeña universidad, situada a doscientas cincuenta millas de distancia. Como ese instituto poseía una de las mejores bibliotecas para consultar, Longridge permanecía a menudo con él. En realidad, era el padrino de la hija de Hunter, Elizabeth, que tenía nueve años. Se encontraba con ellos el día que le llegó al profesor una invitación de una universidad inglesa, solicitándole una serie de conferencias que lo obligarían a permanecer casi nueve meses en Inglaterra y había sido testigo de las lágrimas de su ahijada y del apesadumbrado silencio de su hermano Peter cuando se decidió que los animalitos debían ir a un lugar donde los alimentaran y cuidaran. La casa en que vivían se alquilaría al nuevo profesor.

Longridge le tenía mucho cariño a Elizabeth y Peter y comprendió lo que sentían. Se acordó de cuánto significó para él la compañía de un cocker spaniel cuando no era más que un niño solitario y cuánto lamentó la primera vez que tuvo que separarse de él. Elizabeth era la dueña —designada por ella misma— del gato. Lo alimentaba y cepillaba, lo sacaba a dar un paseo y el animalito dormía al pie de su cama. Peter, de once años, era inseparable del bull terrier desde la vez que aquel cachorrito blanco llegó para el primer cumpleaños del niño. La criatura no recordaba un solo día de su vida que no lo hubiera pasado con él. El perro joven pertenecía, en todo el sentido de la palabra, de corazón y alma, al padre, quien lo había adiestrado desde chiquito para la caza.

Ahora debían enfrentar la separación y, en el pasmoso silencio que siguió a la decisión, Longridge vio cómo la cara de Elizabeth se contorsionaba en un preludio de lágrimas. Después escuchó una voz que, para gran asombro de su parte, reconoció como suya, diciendo a todo el mundo que no se preocupara por nada... ¡que él se haría cargo de todo! ¿Acaso él y los animales no se conocían bastante? ¿Y acaso no tenía él suficiente lugar y un gran jardín? ¿Acaso no contaba con la señora Oakes? La mujer estaría encantada con tenerlos. Todo resultaría de una maravillosa sencillez. Antes de que la familia partiera de viaje, se llevaría a los perros y el gato en el auto, se ocuparía de ver dónde dormirían, anotaría una lista de instrucciones y, personalmente, los mimaría hasta que volvieran los viajeros.

De modo que un día la familia Hunter partió y los animalitos quedaron con Longridge, con abundantes lágrimas de despedida de parte de Elizabeth e instrucciones finales de Peter.

Durante los primeros días Longridge casi lamentó su espontáneo ofrecimiento: el terrier languidecía en su canasta, con su larga y arqueada nariz sepultada bajo el confort de sus patas y una mirada de desesperación y martirio a floraba constantemente en él a cada movimiento que hacía. Y el gato por poco lo saca de sus casillas con sus incesantes gemidos como balidos de carnero y sus aullidos de siamés sufriente. El perro joven se había instalado junto a su puerta, con expresión de abatimiento, y se negaba a comer. Pero, transcurridos unos días, ganados quizás por la simpática simpleza de la señora Oakes y sus tentadoras ofertas de comida, pareció que renunciaban a su terquedad y el gato y el perro viejo se instalaron en su nueva casa, muy cómodos y felices, demostrándole una gran cuota de afecto a ese nuevo amo adoptivo.

Con todo, resultaba evidente que el perro viejo extrañaba a los niños. Al principio, Longridge se preguntaba adonde desaparecía algunas tardes. Al final descubrió que el terrier se iba a un patio de una pequeña escuela rural, donde se había convertido en el favorito de los niños, calculando el tiempo de los recreos. Como sabía que el camino le estaba prohibido, a causa de su mala vista y su costumbre de caminar impasiblemente por el medio, encontró un atajo por los campos.

Pero el perro joven era muy distinto. Evidentemente, añoraba su hogar y su amo. Aunque comía bien y el pelo se le había puesto lustroso por su buena salud, mantenía siempre una distancia digna e inflexible. Longridge lo respetaba por esto pero le preocupaba el hecho de que, al parecer, el perro nunca descansaba y siempre daba la impresión de estar escuchando... anhelando y esperando a alguien más allá de las paredes de la casa o de los campos que la rodeaban. En beneficio de los perros se alegraba de que los Hunter regresaran a las tres semanas, aunque sabía que echaría de menos a su familia adoptiva. Lo habían divertido y entretenido más de lo que hubiera creído, durante meses, y esa noche comprendió que la separación sería un verdadero dolor. No quería pensar en esa casa, demasiado tranquila, que volvería a ser la suya.

Al final se durmió y, mientras soñaba, una curiosa luna asomó por la ventana, arrojando unos rayos de pálida luz en las habitaciones y sobre cada uno de sus durmientes y despertaron al gato, que estaba abajo, el cual se estiró y bostezó. Después dio un salto sin ningún esfuerzo visible hacia el alféizar de la ventana, con los ojos brillantes y ligeramente bizcos, abiertos y enormes. Sólo se le movía la punta de la cola mientras permanecía sentado inmóvil, mirando el jardín. Al rato se dio vuelta y de un solo y gracioso salto cruzó hasta el escritorio. Pero, por una vez, no tuvo suficiente cuidado y con la pata trasera derribó al suelo el pisapapeles de vidrio. Se sacudió vigorosamente la pata que había causado el estropicio, desparramando las páginas de la nota de Longridge. Una salió volando, fue captada por una corriente de aire caliente y cruzó la habitación para aterrizar en la chimenea, donde se curvó y tostó lentamente hasta que no quedó nada de lo escrito salvo apenas una firma casi

ilegible al pie.

Cuando los pálidos dedos de la luna alcanzaron al perro joven en la cocina de atrás, el animalito se agitó en su incómodo sueño. Luego se enderezó, con las orejas erguidas, escuchando un sonido que nunca le llegó: el penetrante silbido de su amo desde algún lugar remoto de la tierra, si sus oídos hubiesen podido oírlo.

Por último, la luna espío en el dormitorio de arriba, donde yacía el hombre, durmiendo de costado, en su inmensa cama de cuatro columnas. Y, acurrucado contra su espalda, el viejo y amoroso terrier blanco, que dormía en medio de un placer lleno de felicidad y calor.

Capítulo 2

Había una ligera niebla cuando John Longridge se levantó temprano a la mañana siguiente, después de haber librado una batalla perdida para conseguir el medio de la cama con su compañero de lecho, al que no había invitado a dormir juntos. Se afeitó y vistió rápidamente, observando cómo la niebla retrocedía a los campos y surgía el sol de la mañana. Sería un perfecto día otoñal, un día de «verano indio», cálido y suave. Abajo encontró a los animales, que lo esperaban pacientemente junto a la puerta, para su paseo matutino. Los dejó salir y después se preparó y comió su solitario desayuno. Se hallaba ya afuera, en el camino particular, cargando el auto, cuando volvieron del campo los perros y el gato. Buscó unos bizcochitos para dárselos y luego se quedó recostado contra la pared de la casa, bajo el sol mañanero, mirándolos. Arrojó en la parte trasera del auto los últimos elementos que llevaba, agradeciendo haber puesto ya las escopetas y el equipo de caza antes de que el Labrador los hubiera visto. Después se acercó a los tres, palmeándoles la cabeza a cada uno.

—Sean buenos —les dijo—. La señora Oakes llegará pronto. Adiós, Luath —le dijo al Labrador—. Ojalá pudiera llevarte conmigo; pero no hay lugar para tres en la canoa.

Puso una mano debajo del suave hocico del perro. Sus ojos pardo-dorados lo miraron fijamente. Entonces el perro hizo algo inesperado: levantó la pata derecha y la puso en la mano del hombre. Longridge se lo había visto hacer muchas veces y sintióse curiosamente emocionado y afectado por esa confianza que le estaba mostrando. En el fondo, casi no deseaba tener que partir inmediatamente después de haberle expresado el perro su primer gesto de comprensión.

Consultó su reloj y se dio cuenta de que ya era tarde. No se preocupaba por dejar solos a los animales afuera, pues jamás habían hecho el menor intento de ir más allá del enorme jardín y los campos adyacentes. Y podían regresar al interior de la casa cuando quisieran pues la puerta de la cocina era de esas que se cierran lentamente con un resorte. Lo único que tenía que hacer era correr el cerrojo del lado de adentro mientras la puerta estaba abierta, con lo cual no se cerraba del todo y de esa manera se podía abrir desde afuera. Los animalitos parecían estar muy contentos, también: el gato se estaba lavando metódicamente detrás de las orejas; el perro viejo estaba sentado sobre sus ancas, jadeando, después de la carrera, con su larga y rosada lengua asomada por su boca sonriente, y el Labrador yacía tranquilamente al lado de él.

Longridge encendió el motor y los saludó a través de la ventanilla mientras bajaba lentamente por el camino. En realidad, se sintió un poco tonto por hacer eso. «¿Qué es lo que espero de ellos, a cambio? —se preguntó—. ¿Que me devuelvan el saludo? ¿O que me digan ‘Adiós’? El caso es que he vivido mucho tiempo con ellos y les he

tomado cariño.»

El auto dobló por el recodo al final del largo camino bordeado de árboles y los animales oyeron cómo el ruido del motor se perdía a lo lejos. El gato pasó su atención a la pata trasera; el perro viejo dejó de jadear y se acostó; el perro joven permaneció estirado: sólo se le movían los ojos y, de tanto en tanto, retorció la nariz.

Pasaron veinte minutos y ninguno hizo el menor movimiento. De pronto el perro joven se levantó, se estiró y quedóse mirando fijo el camino. Permaneció así varios minutos mientras el gato lo observaba atentamente, con una pata aún señalando hacia arriba. Después, poco a poco, el labrador empezó a bajar por el camino y se detuvo en la curva, mirando hacia atrás, como si estuviera invitando a los otros a que fueran con él. El perro viejo también se levantó, si bien un poco rígido, y lo siguió. Dieron vuelta la esquina, lejos del alcance de la vista.

El gato permaneció inmóvil un minuto. Sus azules ojos brillaron a través de su máscara negra. Después, tras una vacilante y curiosa carrera, salió en persecución de los otros dos. Cuando dio vuelta la esquina los perros lo estaban esperando junto a la tranquera. El más viejo miraba nostálgicamente hacia atrás, como si esperara ver a su amiga, la señora Oakes, aparecer con un sabroso hueso. Pero cuando el labrador empezó a subir el camino, lo siguió. El gato se quedó junto a la tranquera, con una pata levantada delicadamente en el aire, indeciso, inquisidor y vacilante. De pronto tomó una súbita decisión y siguió a los perros. Al instante los tres desaparecieron de la vista. Bajaban el polvoriento camino, trotando animadamente y con un propósito definido.

Una hora después la señora Oakes subía el camino de la casa, con una bolsa tejida donde llevaba sus zapatos para trabajar y un delantal y un paquetito de bizcochitos para los animales. Su rostro plácido y amable lucía un aspecto un tanto decepcionado porque, por lo general, los perros solían espiarla mucho antes de que llegara a la casa y corrían a saludarla.

«Espero que el señor Longridge los haya dejado encerrados si pensaba salir temprano», se dijo para consolarse. Pero cuando abrió la puerta de la cocina y entró, todo parecía muy silencioso y tranquilo. Se paró al pie de la escalera y los llamó, pero no oyó ningún ruido de patas que corrían. Sólo el monótono tic-tac del viejo reloj en el pasillo. Recorrió la silenciosa casa y salió al jardín del frente, donde se quedó llamándolos, con un ceño de perplejidad.

«Está bien... —dijo en voz alta, al vacío y soleado jardín—. Quizá se fueron hasta la escuela... Aunque me resulta bastante curioso —agregó, sentándose unos minutos en la silla de la cocina para atarse los cordones de los zapatos— que el minino no esté aquí... por lo general se suele sentar en el alféizar de la ventana a esta hora. Y bueno... tal vez salió a cazar... Nunca he conocido un gato así para la caza...

de cualquier manera no me parece natural».

Lavó los platos y los puso un lado. Después llevó los artículos de limpieza a la sala. Sus ojos captaron algo que brillaba en el piso, junto al escritorio, y encontró el pisapapeles de vidrio y los restos de la nota que había quedado en el escritorio. La leyó hasta donde decía: *Me llevaré a los perros (ya Tao también, por supuesto)*... después buscó lo que faltaba. «¡Qué raro! —pensó—. ¿Adónde los habrá llevado? Seguramente el gato debió derribar anoche el pisapapeles. El resto de la nota ha de estar en algún lugar de por aquí».

Revisó la habitación, pero sólo cuando estaba vaciando un cenicero en la chimenea vio el papel retorcido y chamuscado en el hogar. Se agachó y lo recogió con mucho cuidado pues, evidentemente, era muy frágil y quebradizo. Con todo, la mayor parte de papel se deshizo y ella se quedó con un pedazo que llevaba las iniciales J.R.L.

«Pero —le dijo a la chimenea—, ¿no es todo esto de lo más raro?». Y mientras frotaba con todas sus fuerzas unas manchas negras en los azulejos, agregó: «Seguramente se los ha llevado al lago Heron con él. ¿Pero por qué haría de pronto eso, después de los arreglos que hicimos? No me dijo una sola palabra de eso por teléfono... Aunque ¡un momento! Ahora me acuerdo que estaba por decirme algo cuando la línea quedó muerta. Quizá era eso lo que me quería decir».

Mientras le sorprendía la idea de que el señor Longridge se hubiera llevado los animales para sus vacaciones, no la asombró que un gato pudiera ir tan lejos pues sabía que al animalito le gustaba viajar en auto y siempre iba con los perros cada vez que el señor Longridge los llevaba a alguna parte o salía a caminar con ellos por el campo. Como muchos gatos siameses, era obediente y estaba entrenado para caminar como la mayoría de los perros y hasta volvía cuando oía un silbido.

Barrió y limpió todo mientras hablaba con los objetos como si fueran personas. Después cerró la casa con llave y regresó a la suya. De haber sabido la verdad, toda su alma se hubiera estremecido de horror. Lejos de estar sentados tranquilamente en el fondo del auto, viajando al norte con John Longridge, tal cual ella se lo imaginaba, los animales se hallaban en ese momento a muchas millas de distancia, en un desierto camino de la comarca que corría hacia el oeste.

Los tres marcharon durante aproximadamente una hora a un ritmo bastante parejo, que no cambiaría durante varias millas o días. El labrador corría siempre a la izquierda del perro viejo pues el terrier estaba casi medio ciego del ojo izquierdo. Ambos corrían bastante a la par: el bull terrier con su antiguo paso oscilante, como el de un marinero, y el labrador con su medio galope lento. A unas diez yardas detrás iba el gato, que a veces se distraía un poco cuando se detenía un rato y luego volvía a alcanzarlos. Pero, entre esas paradas, corría de manera rápida y constante, con su

delgado cuerpo y la cola muy cerca del suelo.

Cuando resultó evidente que el perro viejo aflojaba, el labrador se salió del pacífico camino de grava y se internó a la sombra de un pinar en un claro, junto a un rumoroso arroyo. El perro viejo bebió con avidez, con el pecho encima del agua fría; el gato se dirigió suavemente hasta el borde de una roca que sobresalía. Después descansaron en la profunda capa de agujas de pino bajo los árboles. El terrier, jadeando intensamente con los ojos medio cerrados, y el gato ocupado con su eterno lavado. Permanecieron ahí casi una hora hasta que el sol tocó las ramas encima de ellos. Después el perro joven se levantó, se estiró y se dirigió al camino. El viejo hizo lo mismo, con las patas duras y la cabeza baja y fue hasta donde estaba el labrador, que lo aguardaba, cojeando ligeramente y moviéndole la cola al gato, el cual, de pronto, se puso a bailar en un charco de luz formado por el sol, recogió una hoja que marchaba a la deriva y luego corrió en línea recta hacia los perros, desviándose a último momento para volver a sentarse súbitamente.

Trotaron a un ritmo parejo toda esa tarde; la mayor parte del tiempo viajaron por el borde cubierto de hierbas al costado de ese pacífico camino rural. A veces lo hicieron por una zanja que corría al costado, si el sensible oído del perro joven les advertía que se acercaba un auto.

Cuando el sol de la tarde arrojaba largas sombras en el camino, el gato seguía andando con suaves y rápidos saltos y el perro joven sentíase relativamente fresco. Pero el viejo estaba muy cansado y su marcha disminuyó hasta convertirse en cojera. Salieron del camino para meterse en un matorral del costado y marcharon lentamente por un claro en los árboles hasta que, al final, debieron abrirse camino entre el enmarañado follaje del monte. Salieron a un pequeño espado abierto donde estaba derribado un gigantesco abeto, que había dejado un pozo donde estuvieran sus raíces, ahora lleno de hojas secas y agujas de abeto.

Los últimos rayos del sol vespertino se filtraban por las ramas encima de ellos y parecía invitarlos a acomodarse y protegerse. El perro viejo se detuvo un minuto, bajando su pesada cabeza y temblándole su cansado cuerpo. Después se acostó de lado en el pozo. El gato, tras observar la situación un momento, hizo un pocito en las agujas de abeto y se enroscó, ronroneando en voz baja. El perro joven desapareció en la maleza y volvió a aparecer al rato, chorreando agua, para acostarse a poca distancia de los otros dos.

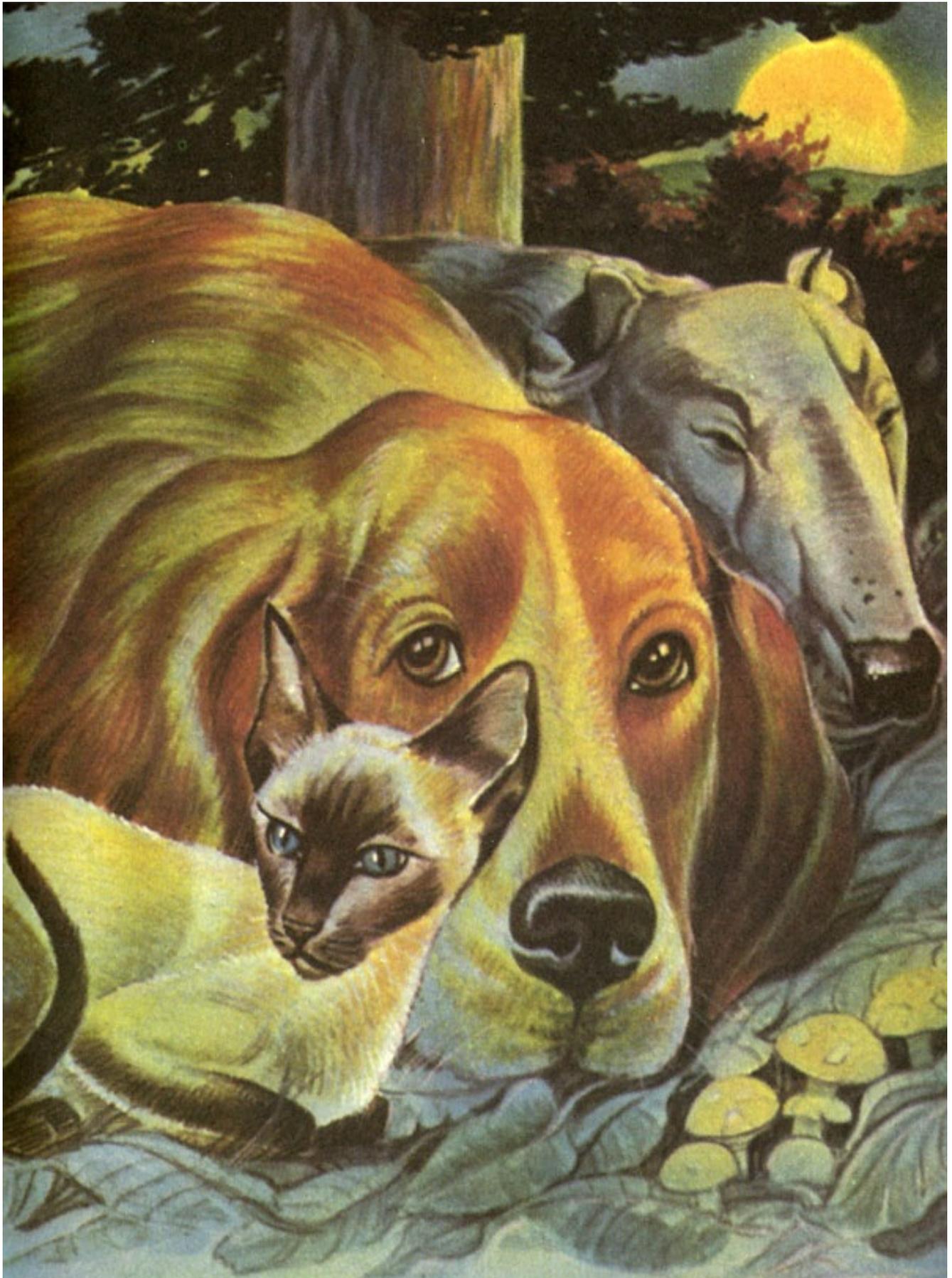
Durante un rato largo el perro viejo siguió jadeando, agotado. Una de las patas traseras le temblaba dolorosamente pero, al final, cerró los ojos. Le costaba respirar y cada vez su respiración resultaba más espaciada. Dormía tranquilo, salvo por algunos estremecimientos de tanto en tanto.

Más tarde, cuando cayó la noche, el perro joven se le acercó y se estiró junto a él y el gato se colocó entre sus patas. Y así, caliente y confortado por la vecindad de los

otros dos, el viejo dormía, inconsciente de sus dolores, de su cuerpo cansado o de su hambre.

En las colinas cercanas un lobo de los bosques aulló lúgubrementemente; los búhos se llamaban y se respondían y se deslizaban en silencio con sus anchas alas desplegadas. Durante toda la noche se oyeron ruidos de algo que se movía. En un momento, algo semejante al berrido de una criatura despertó al perro viejo, haciéndolo ponerse en cuatro patas, tiritando y gimiendo. Pero se trataba sólo de un puercoespín, que se arrastraba torpemente por el tronco de un árbol vecino hasta que desapareció, sin dejar de llorar en voz baja. Cuando volvió a acostarse, el gato se había ido: otro pequeño cazador nocturno que se había escabullido entre las sombras inquietantes, como fantasmas helados a su paso.

El perro joven dormía en medio de espasmódicos sobresaltos. Se le torcían los músculos y constantemente levantaba la cabeza, emitiendo suaves gruñidos. En una oportunidad se puso en cuatro patas, dando un fuerte rugido que se esparció a lo lejos. Luego el silencio. ¿Quién sabe qué cosa desconocida, invisible e inaudita pasó por su mente, perturbándolo aún más? Sólo algo resultaba claro y seguro: que, a cualquier costo regresaba a su casa, al hogar de su amado amo. Su instinto le decía que su hogar quedaba en el oeste. Pero no podía abandonar a los otros dos. Por lo tanto, debía llevárselos consigo y realizar juntos el viaje, a cualquier precio.



Más tarde, cuando cayó la noche, el perro joven se le acercó y se estiró junto a él y el gato se colocó entre sus patas.

Capítulo 3

En esa hora fría que precede el alba, el bull terrier se despertó y tambaleándose, con mucho dolor, se puso de pie. Temblaba de frío y tenía mucha hambre y sed. Caminó tieso en dirección a un charco cercano, pasando junto al gato, que estaba acurrucado sobre algo que sostenía con las patas. El terrier oyó que las mandíbulas del gato, al moverse, producían un ruido como si estuviera masticando algo. Interesado, movió la cola y se le acercó para investigar. El gato lo miró distraídamente y después se alejó, dejando la osamenta; pero para el terrier sólo significaron, para su desilusión, un montón de plumas. Bebió a sus anchas en el charco y, a su regreso, quiso probar otra vez las plumas pues se hallaba hambriento. Pero le quedaron pegadas en la garganta y empezó a las arcadas. Mordisqueó algunos tallos de hierbas y después, con mucha delicadeza, levantó los labios sobre los dientes y tomó algunas frambuesas maduras de un arbusto enano. Siempre le gustaba comer así las frambuesas silvestres y, aunque el sabor le resultó tranquilizadamente familiar, no le calmó el hambre. Al instante le encantó ver al perro joven. Movía la cola y le lamió la cara. Luego los dos siguieron, resignadamente, cuando oyeron un ruido en el camino. Minutos después se les acercó el gato, que aún se seguía lamiendo los labios después de su desayuno plumífero.

A la grisácea luz del alba el trío siguió bajando el camino hasta que llegaron a un punto donde el mismo daba una vuelta en ángulo recto. Ahí vacilaron, ante un sendero de troncos en desuso, que conducía al oeste, al costado del camino. Su entrada estaba casi oculta por un toldo de ramas. El perro que iba adelante levantó la cabeza y era como si estuviera buscando el olor de algo que lo tranquilizara. Al parecer lo encontró pues llevó a sus compañeros por el sendero entre el toldo de ramas. El camino ahí era más suave; el centro estaba cubierto de pasto y los surcos de cada lado llenos de hojas secas. Los árboles que crecían muy cerca entre sí y cuyas copas se encontraban les proporcionarían más sombra cuando el sol estuviera alto. Todas estas consideraciones las tuvo presentes el perro viejo pues ya, antes de comenzar el viaje, sentíase cansado y su marcha se había hecho mucho más lenta.

Los dos estaban famélicos y contemplaron con envidia al gato cuando cazó y mató una ardilla mientras descansaban junto a un arroyo, a mitad del día. Pero cuando el perro viejo se acercó, moviendo la cola esperanzado, el gato, emitiendo un gruñido, se metió entre los arbustos con su presa. Perplejo y decepcionado, el terrier se sentó, escuchando cómo el otro devoraba su ardilla entre las ramas. Al pobre perro le corría la saliva por la boca.

Minutos después salió el gato de los arbustos, se sentó y, con mucha elegancia, se limpió los bigotes. El perro viejo le lamió la cara al siamés y, en retribución, el gato le palmeó la nariz. Rendido de hambre, vagabundó por los bordes del arroyo,

investigando cada piedra y hueco, metiendo la nariz en los túneles de las juncias marchitas y en la suave tierra de las toperas. Con mucha tristeza se tendió al lado de un arbusto de arándanos, colocó las patas sobre la cabeza y después les sacó la tierra a lambetazos.

También estaba famélico el perro joven. Pero tendría que sentirse a punto de morirse de hambre antes de quebrar las ancestrales reglas de un Labrador. Durante generaciones sus antepasados habían sido criados para recoger presas sin causarles daño aunque en él no había nada de un perro cazador. Cualquier clase de matanza le resultaba aborrecible. Bebió copiosamente del arroyo y urgió a sus compañeros para continuar el viaje.

El sendero subía por la cresta de esa comarca llena de colinas y bosques y el panorama de abajo estaba colmado de belleza y color: los rojos y bermellones de algunos arces; el pálido abedul y el álamo amarillo y, de tanto en tanto, los macizos escarlatas de bayas contra un espléndido fondo verde oscuro de abetos, pinos y cedros.

Varias veces atravesaron largos terraplenes construidos a los costados de la colina, retomando el camino por los profundos surcos que dejaban abajo los trineos que conducían madera y, en varias oportunidades, pasaron por edificios abandonados, uno al lado de otro, claros cubiertos de vegetación, viejos establos para caballos adiestrados a marchar entre arbustos y dependencias para los hombres que habían trabajado ahí desde hacía una generación. Las ventanas estaban rotas y entre los intersticios de los tablones del piso crecían malezas. Una vieja cocina aún tenía unos chamicos asomando por el horno. A los animales, por curioso que parezca, no les gustó esta evidencia de ocupación humana y pasaron lo más lejos que pudieron, con los pelos de punta.

Al terminar la tarde, la marcha del perro viejo disminuyó a un paso tambaleante y parecía que sólo su firme decisión de proseguir lo mantenía en pie. Sentíase mareado y confundido y el corazón le saltaba en el pecho. El gato debió percibir esa sensación general de debilidad porque caminaba a la par de los perros, muy cerca de su viejo y titubeante amigo, gimiendo de preocupación. Por último, el perro viejo llegó a una parada junto a un surco profundo lleno hasta la mitad de agua fangosa. Se detuvo ahí como si no le quedaran fuerzas para rodearlo. Tenía la cabeza baja y floja y le temblaba todo el cuerpo. Después, mientras intentaba lamer el agua, pareció que sus patas fueran a desplomarse y cayó, quedando con la mitad del cuerpo en el surco y la otra mitad afuera. Tenía los ojos cerrados y los únicos movimientos que hacía eran productos de su larga, tenue y convulsionada respiración, que se oía en amplios intervalos. Pronto quedó totalmente flácido e inmóvil. El perro joven se puso frenético: gemía mientras rascaba el borde del surco, empujando a su compañero con el hocico y haciendo lo imposible para levantarlo, sin obtener respuesta alguna. De

tanto en tanto ladraba y el gato gruñía suavemente y sin parar, caminando hacia adelante y hacia atrás y frotando su cuerpo contra esa cabeza sucia y cubierta de lodo. No obtuvo ninguna respuesta. El perro viejo yacía inconsciente y remoto.

Los dos animales permanecieron en silencio y se sentaron a su lado, preocupados hasta que, al final, se dieron vuelta y lo dejaron, sin mirar atrás. El labrador desapareció entre los arbustos donde el ruido de ramas rotas señalaba su marcha, cada vez más lejana; el gato se acercó cautelosamente a una perdiz que había aparecido a un costado del camino, a unas cien yardas, y estaba picando, despreocupada, algo cubierto de arena. Pero ante el chillido de una ardilla, emprendió vuelo desde el camino hasta los árboles, mientras el gato seguía inmóvil, a cierta distancia. Impertérrito, el gato continuaba lamiéndose los labios, en anticipación de una nueva presa, en un recodo del camino y se perdió de vista.

Las sombras se alargaron por la huella desierta y el viento vespertino sopló, barriendo un montón de hojas más allá del surco. La luz parduzca de las hojas fue como una bendición mientras marchaban a la deriva, alejándose de aquella forma blanca y desprotegida. La ardilla curiosa observó con sus ojos brillantes y sorprendidos desde un árbol cercano, chasqueando la lengua. Una musaraña corrió hasta situarse a mitad de camino, se detuvo y retrocedió. Un rumor de alas se oyó cuando un pájaro aterrizó en una rama de abedul, donde se quedó oscilando, inclinando la cabeza a un costado mientras miraba hacia abajo y llamaba a su pareja para que se reuniera con él. El viento cesó y de pronto descendió la calma.

Súbitamente se oyó el ruido de un cuerpo pesado que se abría camino entre la maleza, acompañado por el crujir de ramas. El hechizo se rompió. Gritando alarmada y agitada, la ardilla trepó por el tronco del árbol y el pájaro salió volando. Ahí, sobre el sendero, en cuatro patas, estaba un cachorro de oso, con sus peludas orejas redondas erizadas y unos ojitos muy hundidos, encendidos de curiosidad mientras contemplaba al perro viejo. Detrás de él se oyó un rumor en la maleza: su madre estaba investigando el tocón de un árbol podrido. El oseño se detuvo un momento y después, vacilante, se acercó al surco donde estaba el terrier. Olisqueó a su alrededor y estiró una larga y negra garra curva, palpándole la cabeza blanca. Por un momento se le disiparon las nieblas de la inconsciencia y el perro abrió los ojos, sabiendo el peligro que corría. El oseño dio un salto hacia atrás, alarmado, y se limitó a observar desde una distancia prudencial. Al ver que el otro no hacía ningún movimiento, volvió a repetir la operación con su pata, esta vez más fuerte, y aguardó la respuesta. Al perro apenas le quedaban fuerzas como para mostrar valientemente sus dientes. Gruñó débilmente de dolor y odio cuando sintió el rasguño de la pata en su hombro y no intentó luchar por ponerse de pie. El olor de la sangre excitó aún más al oseño. Se subió a horcajadas sobre el perro y empezó a jugar con su larga cola blanca, mordiéndola en la punta, como un chico con un juguete nuevo. Pero no obtuvo

respuesta: sin fuerzas, el perro viejo ya no sentía ningún dolor ni oprobio. Yacía como dormido, con los ojos velados y sin poder ver, un labio enroscado en actitud de querer refunfuñar.

Doblando el recodo del camino y arrastrando por el ala a una gran perdiz muerta, venía el gato. El ala se le salió de la boca cuando observó, transfigurado, el espectáculo. En un segundo se operó en él una terrible transformación. Sus ojos azules brillaron grandes y malévolos en medio de su negro antifaz y todos sus pelos del color del trigo se le erizaron de modo que parecía del doble de su tamaño. Hasta se le erizó su cola color chocolate al moverse de un lado a otro. Se acurrucó en el suelo, tenso y alerta, y emitió un chillido que rompía los tímpanos. Cuando el oseño se sobresaltó, el gato dio un brinco.

Aterrizó en la nuca de su cuello peludo, clavándole las patas traseras mientras que con sus garras le rastrillaba los ojos. Sin parar siguió haciendo lo mismo con sus terribles talones, chirriando y escupiendo en un diabólico asesinato hasta que el oseño se puso a gritar, de dolor y miedo, enceguecido por la sangre y tratando de sacarse de encima ese invisible horror. Sus gritos fueron respondidos por un rugido atronador cuando la gigantesca osa negra irrumpió entre los arbustos y corrió hacia su hijo. De un manotón quiso sacar al gato pero éste fue más rápido que ella y, con un chirrido de furia saltó al suelo y desapareció detrás de un árbol. Su infortunada cabeza acusó toda la fuerza del golpe y lo envió dando vueltas más allá del camino, entre los arbustos. Enceguecida, frustrada por la rabia y enloquecida por los gritos de su hijo, la madre buscó algo en qué dar rienda suelta a su furia y vio la inmóvil figura del perro viejo. Mientras se dirigía hacia él, el gato la distrajo con un salto imprevisto desde el costado del sendero. La osa se detuvo, se incorporó en todo su tamaño para atacar, con sus ojos colorados brillando salvajemente, el cuello estirado y la cabeza oscilando de un lado a otro, en actitud amenazante, como una serpiente. El gato profirió otro grito y se acercó con movimientos sinuosos, fijos sus terribles ojos en su enorme adversario. Algo parecido al miedo o la indecisión asomó a los ojos de la osa mientras el gato avanzaba. Retrocedió un paso con la cabeza gacha. Lento, deliberado, decidido, el gato continuó su marcha. Nuevamente la osa retrocedió, sorprendida por las tácticas de ese terrible animalito, perturbada por los gemidos de su oseño, reulando ante el implacable avance de su rival. El gato se detuvo y acurrucó, pesando su cuerpo antes de dar el salto que debería seguir, anhelando tomarse las de Villadiego pero temeroso de darle la espalda. Un súbito crujido en la maleza convirtió al enorme animal en estatua, rígido de celos. Y cuando un gran perro surgió del arbusto y se colocó al lado del gato, mostrándole los dientes, se le erizaron todos los pelos de la espalda. La osa se puso en cuatro patas, se dio vuelta rápidamente y corrió hacia su cachorro. En el arbusto se oyó un último gruñido de bravuconería y un gemido. Después se escucharon los ruidos de los osos al escaparse,

a lo lejos. Por último, todo recuperó la calma. La ardilla curiosa saltó desde su puesto de observación y se alejó del tronco.

El gato recuperó su tamaño normal. Sus ojos volvieron a tener el color habitual y su mirada indiferente. Se sacudió las patas una por una, le echó un vistazo a sus pies cubiertos de lodo, a la sangre que le corría en cuatro heridas paralelas en el hombro y después se dio vuelta y regresó por el camino hasta donde estaba su perdiz.

El perro joven olfateó a su amigo por todo el cuerpo, con los labios encogidos por el olor del oso. Luego intentó curarle las heridas con su áspera lengua. Le refregó unas hojas frescas por los lugares manchados de sangre y le ladró junto a la cabeza. Pero no obtuvo respuesta. Al final se tendió, jadeando, en la hierba. Mantenía la mirada alerta. Aún tenía erizados los pelos del lomo y, de tanto en tanto, gemía perplejo. Vio cómo el gato arrastraba a un gran pájaro gris hasta ponerlo casi a la altura del hocico del perro inconsciente. Después, lenta y deliberadamente, empezó a desgarrar la carne del pájaro. El perro gruñó por lo bajo pero el gato hizo caso omiso y siguió desgarrando la carne y comiendo. Al instante, el tentador olor de carne cruda y caliente se filtró por los sentidos del perro viejo. Abrió un ojo y olfateó. El efecto fue hipnotizante: su cola, medio comida y cubierta de barro se movió, y levantó sus hombros, luego las patas delanteras, con un esfuerzo convulsivo, como un viejo caballo de tiro después de una caída.

Daba lástima verlo, la mitad de su cuerpo que yacía en el surco estaba negro y empapado, mientras que la otra mitad estaba cubierta de manchas de sangre. Parecía un grotesco arlequín. Todo su cuerpo temblaba en forma violenta y descontrolada, aunque en el fondo de sus ojos negros y sesgados había un ligero brillo de interés que se acrecentaba a medida que su hocico sentía el tibio calor de esas suaves plumas grises. Esta vez no rechazó la presa, ni hubo gruñido alguno. En cambio, el gato se sentó a pocas yardas, observando distante e indiferente, y después se lavó la cola para proseguir con una pata.

El perro viejo comió, triturando ávidamente los huesos con sus dientes mochos. Sus compañeros miraban el milagro de que la fuerza retornara a su cuerpo. Dormitó un rato. Una pluma le colgaba de la boca y después se despertó para terminar con el último bocado. Al caer la noche ya se hallaba en condiciones de caminar por la suave hierba que crecía al costado del camino, donde se tendió y le parpadeó, feliz, a sus compañeros, moviendo penosamente la cola. El labrador se acostó junto a él y le lamió el hombro herido.

Un par de horas después se les unió el gato, ronroneando, con otro succulento trozo que colocó ante el hocico de su amigo. Era un ratón de los bosques, el que llaman «ratón-venado», una pequeña criatura con grandes ojos y largas patas traseras como un canguro en miniatura. El perro lo tragó enseguida, satisfecho, y pronto se durmió.

Pero el gato, con sus ronroneos, y el perro joven, enroscado a su espalda, se mantuvieron en actitud vigilante y alerta durante casi toda la noche. Ninguno se alejó de su lado.

Capítulo 4

El hambre era ahora el instinto dominante en el labrador y, en las primeras horas de la mañana, fue en busca de alimentos. Tan desesperado estaba que hasta probó algunos excrementos de venados pero los escupió con asco en el acto. Mientras bebía un poco de agua en el charco de un pantano cubierto de nenúfares, vio una rana que lo estaba mirando con sus ojos saltones, desde una piedra chica. Calculando la distancia con mucho cuidado, pegó un salto y la pescó en el aire cuando la rana saltó en busca de seguridad. Al instante desapareció en su garganta y la engulló. Feliz y contento, paseó su mirada en torno en busca de más alimento. Pero, aunque transcurrió una hora de paciente espera, sólo fue recompensado con dos, por lo que volvió junto a sus compañeros. Al parecer, sus amigos ya habían comido porque había plumas y pelos en torno de ellos y se estaban lamiendo los labios. Con todo, algo le advertía que no debía apremiar a su viejo camarada. El terrier seguía exhausto y, además, había perdido mucha sangre después de los ataques infligidos por las garras del osezno el día anterior. Estas heridas estaban negras de sangre coagulada y tendían a abrirse y a sangrar a cada movimiento, por lo que se pasó todo el día acostado bajo el tibio sol de otoño, en el pasto, durmiendo, comiendo lo que le daba el gato y moviendo la cola cada vez que uno de los otros dos se acercaba.

El perro joven estuvo casi todo el día ocupado en busca de alimentos. Al atardecer estaba desesperado, pero su suerte cambió cuando un conejo, que en esos momentos mudaba su piel para su blanco abrigo de invierno, surgió de pronto entre el pasto alto y se cruzó en el camino. Con la cabeza gacha y la cola al aire, el perro inició su persecución aunque el conejo se le ponía siempre lejos del alcance de sus hambrientas mandíbulas. Finalmente, puso toda su fuerza en un violento impulso y sintió la tibia y palpitante presa en su boca. Toda la tradición de generaciones desapareció en un instante, como asimismo los años de aprendizaje de no hundir nunca los dientes en plumas o pelos. En ese momento el labrador se parecía más a un lobo mientras desgarraba la tibia carne y la engullía de un tirón.

Los tres durmieron en el mismo lugar esa noche y casi todo el día siguiente. El tiempo, como una merced especial, continuó cálido y soleado. Al tercer día el perro viejo pareció estar recuperado y las heridas habían cerrado. Pasó la mayor parte del día dando vueltas y durmiendo por lo que ya parecía hallarse de buen ánimo y ansioso de caminar un poco.

De modo que, al finalizar la tarde, abandonaron el lugar que había sido su hogar durante tres días y empezaron a trotar lentamente por el camino. Cuando asomó la luna habían recorrido varias millas, llegando al borde de un pequeño lago.

Un alce estaba parado en el agua, entre nenúfares, en la otra orilla. Su gran cabeza con cuernos y su cuello corvo se recortaban claramente contra la pálida luna. No prestó atención a esos extraños animales frente a él y de tanto en tanto metía la cabeza debajo de la superficie, levantándola alto después de cada inmersión y arqueando el cuello. Desde las cañas salieron unas tres gallaretas, asomando sus cabezas como muñecos salidos de una caja de resortes, produciendo unas olitas que brillaron al claro de luna. Mientras los tres amigos viajeros se sentaban, con las orejas paradas, vieron cómo el alce salía lentamente del agua fangosa, se sacudía y se trepaba a la orilla hasta perderse de vista.

El perro joven giró súbitamente la cabeza, retorciendo la nariz, pues su fino olfato le advirtió que, a la distancia, había un chufó de humo, proveniente de madera quemada, y algo más... algo indefinible... Segundos después, también el perro viejo captó ese olor y se puso de pie, husmeando e investigando con el hocico. Su delgada cola empezó a moverse y un brillo especial asomó a sus negros ojos sesgados. En algún lugar, no demasiado lejos, había seres humanos: su mundo. No podía equivocarse en lo que ese mensaje significaba ni rehusar la invitación: sin duda, estaban cocinando algo. El perro joven lo siguió a regañadientes y, por una vez, el gato los pasó. Quizá estuviera afectado por la luna porque se detuvo un instante y después se precipitó entre las sombras para reaparecer un segundo más tarde, imitando el movimiento de las colas de los otros. Los dos perros hicieron caso omiso de él.

El olor, transportado por la brisa nocturna, era una fragante mezcla de arroz tostado, guiso de pato salvaje y humo de madera en combustión. Cuando los animales observaron desde lo alto de una colina, tentados y hambrientos, vieron seis o siete fogatas en el claro de abajo. Sus llamas iluminaban un semicírculo de tiendas y refugios cónicos fabricados con corteza de abedul, contra un oscuro fondo de árboles. Titilaban sobre las canoas amarradas al borde de un pantano de arroz salvaje y morían, rojizas, en las negras aguas de más allá, iluminando las caras pardas y redondas de unos indios ojibways reunidos en torno de esos centros de calor y luz.

Los hombres formaban un colorido conjunto de pantalones vaqueros y camisas a cuadros pero las mujeres estaban vestidas con tonos sombríos. Dos muchachos, los únicos jóvenes que había, iban de fogata en fogata sacudiendo granos en sartenes y agitándolos mientras se tostaban. Un hombre, con mocasines largos y suaves, estaba parado en un pozo poco profundo, pisando cáscaras, con la mitad de su cuerpo apoyado en un marco de leña. Algunos se hallaban lejos de las fogatas, fumando y mirando ociosamente, hablando en voz baja entre ellos, mientras otros seguían comiendo, sacando el fragante contenido de una negra olla de hierro, con cucharones, y vertiéndolo en platos de estaño. De tanto en tanto uno arrojaba un hueso por encima

del hombro a los arbustos. Los animales veían esa operación y se lanzaban, hambrientos, tras los huesos. Una mujer se hallaba de pie al borde del claro, pasando granos de una fuente fabricada con corteza de árboles a otra. Las barcias sueltas salían a la deriva, movidas por el suave viento, como humo.

El perro viejo no vio nada de esto; pero sus orejas y hocico le proporcionaron todo lo que necesitaba saber: no pudo contenerse y empezó a bajar con cuidado por la ladera, pues aún le seguía doliendo el hombro. A mitad de camino olisqueó violentamente una oleada de barcias. Uno de los chicos que estaba junto a la fogata levantó la vista al oír ese ruido, agarrando una piedra. Pero la mujer a su lado le habló enérgicamente y el niño esperó, atento.

El perro viejo salió de las sombras de un salto y entró en el círculo iluminado por la fogata, confiado, amistoso y seguro de que lo recibirían bien. Movía la cola para congraciarse y tenía las orejas y los labios replegados, en una mueca espantosa. Se produjo un silencio súbito, interrumpido por el aullido de terror del chico, quien se aferró a la madre. Después, se oyó una animada charla entre los indios. Por un momento el perro quedóse ofendido e inseguro; se acercó, esperanzado, al chico más cercano, quien refuló, apretando nerviosamente la piedra. Pero otra vez la mujer volvió a reprenderlo y, ante esa voz imperiosa, el perro se detuvo, cabizbajo. Entonces la mujer puso en el suelo la canasta y caminó rápidamente más allá del círculo de la fogata, agachándose para ver mejor. Pronunció unas palabras tranquilizadoras y le palmeó la cabeza, sonriéndole. El perro se recostó contra ella y con la cola le golpeó en sus medias negras, feliz de sentirse en contacto otra vez con un ser humano. La mujer se acurrucó a su lado y le pasó los dedos por las orejas y el lomo y, cuando el perro le lamió afectuosamente la cara, se rió. Ante esto, los dos niños se acercaron un poco más al perro y el resto se agrupó alrededor. Pronto el animalito se encontró donde más le encantaba estar: en el centro del calor humano, atrayendo su atención. Sacó todo el partido que pudo de la situación y se puso a jugar ante ese público tan apreciator. Cuando uno de los hombres le arrojó un pedazo de carne, se sentó penosamente sobre sus cuartos traseros y pidió más, saludando con una pata, lo cual hizo estallar en carcajadas a los indios y debió repetir su gracia varias veces hasta que se cansó y se acostó, jadeante pero feliz.

En recompensa, la india lo palmeó afectuosamente y después le sirvió un poco de comida, que sacó de la olla y la puso en el pasto. El perro cojeó hasta llegar pero, antes de comerla, levantó la vista en dirección a la colina donde estaban sus dos compañeros.

Una piedrita rebotó de roca en roca hasta que cayó rodando, en medio del silencio siguiente.

Cuando surgió de la oscuridad un gato de largas patas y ojos azules y ocupó luego el claro con una estridente voz quejumbrosa antes de acercarse al perro y agarrar un

trozo de carne para él, los indios estallaron en carcajadas hasta que se quedaron sin voz e hipando. Los dos niños empezaron a rodar por el suelo, pataleando, en un arrebatado de alegría mientras el gato seguía comiendo, inmóvil. Pero tal era la conducta que el terrier entendía y se unió a la diversión. Mas rodó con tanto entusiasmo que se le volvieron a abrir las heridas. Cuando se puso de pie otra vez, su blanco pelo estaba manchado de sangre.

Durante todo ese tiempo el perro joven estaba acurrucado en la ladera, inmóvil y vigilante, si bien cada fibra de su cuerpo se tensaba ante la espera. Observaba al gato, bien alimentado y contento, acurrucarse en la falda de uno de los chicos dormidos junto al fuego: oyó el débil tono de burla en la voz de algunos indios cuando una vieja pequeña y doblada les habló en forma severa y apasionada antes de inclinarse sobre el perro para examinar su hombro mientras yacía pacíficamente ante el fuego. La mujer echó unas raíces de espadaña en una olla de agua hirviendo, empapó musgo en el líquido y lo apretó sobre las heridas. El perro no se movió; sólo su cola se agitaba lentamente. Cuando la mujer terminó, puso un poco más de carne en la corteza de un abedul, en el pasto, frente al perro. Pero el silencioso observador que estaba arriba se lamió los labios y se sentó, aunque no se movió de su lugar.

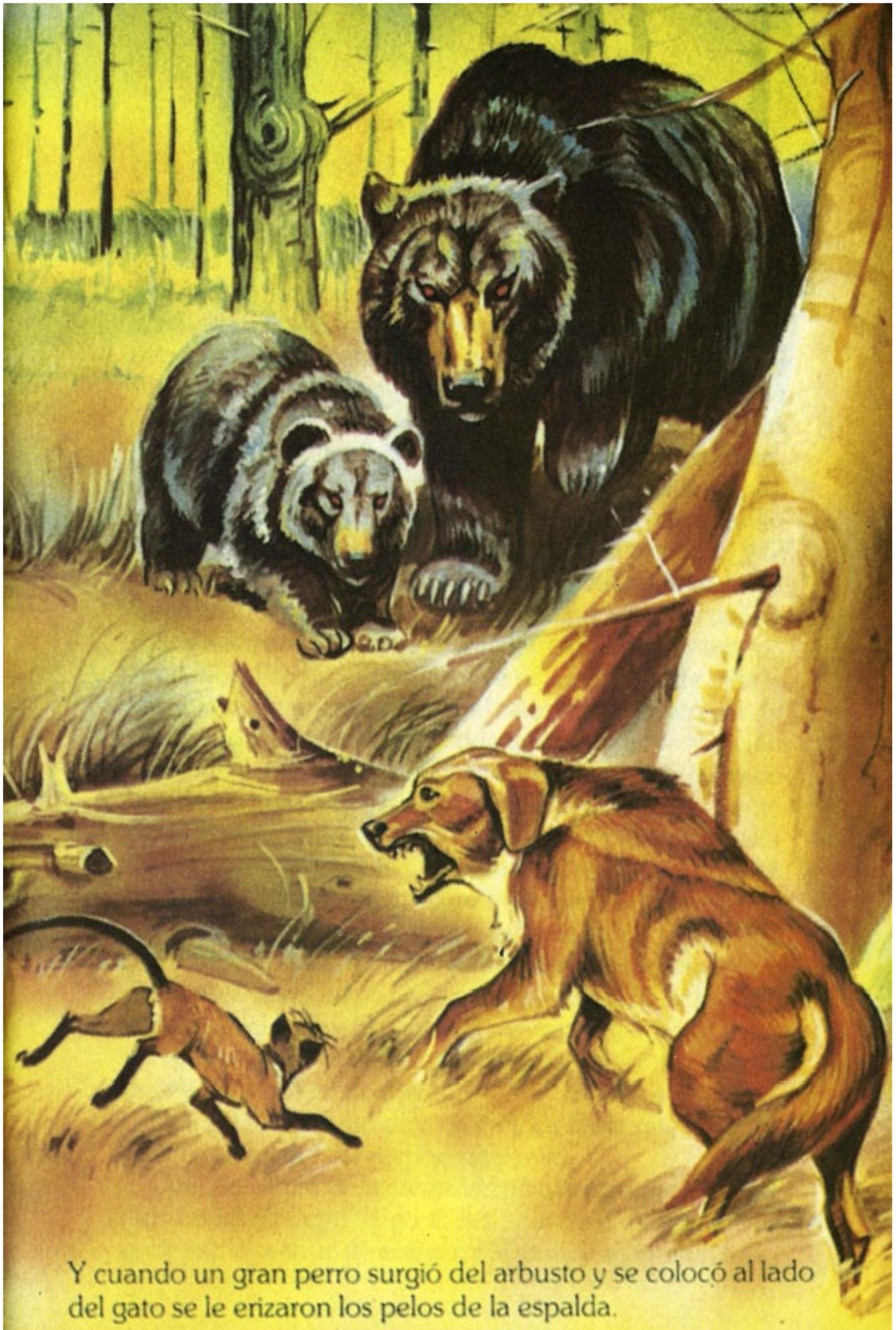
Cuando los fuegos empezaron a extinguirse y los indios hicieron sus preparativos para pasar la noche y sus compañeros no dieron señal de moverse, el perro joven comenzó a impacientarse. Bordeó el campamento, caminando como una sombra entre los árboles de la colina de atrás hasta llegar a la orilla del lago, a un cuarto de milla del campamento. Después ladró fuerte e imperativamente varias veces.

El efecto fue como una campana de alarma en los otros dos. El gato dio un salto desde el indiecito dormido y corrió hacia el perro viejo, que ya estaba en cuatro patas, pestañeando y atisbando a su alrededor, confuso. El gato emitió un maullido gutural, después enfiló directamente frente a él, mirando hacia atrás cuando se detuvo al borde de la fogata. El perro se sacudió resignado y marchó lentamente detrás, nada contento por tener que dejar el calor del fuego. Los indios lo miraron impasibles y callados, sin atreverse a hacer el menor movimiento para detenerlo. Sólo la mujer que se había hecho amiga de él le dirigió un saludo de despedida, en el idioma de su gente.

El perro se detuvo al borde de los árboles, junto al gato, y miró hacia atrás; pero el ladrido imperioso se escuchó otra vez y los dos se perdieron de vista, en las tinieblas de la noche.

En esa oportunidad se convirtieron en inmortales, de haberlo sabido o haberse interesado por el asunto, pues la anciana reconoció al momento al perro viejo por su color y por su compañero: era el Perro Blanco de los ojibways, el virtuoso Perro Blanco de los Presagios, cuya aparición anuncia desastres o buena fortuna. Los Espíritus lo habían enviado, hambriento y herido, para probar la hospitalidad de la

tribu. Y, como benévola prueba para los escépticos, le habían elegido un gato por compañero. Pues ¿qué perro *mortal* aguantaría que un gato le robara su comida? Lo habían recibido bien; lo habían alimentado y socorrido. El presagio sería afortunado.



Y cuando un gran perro surgió del arbusto y se colocó al lado del gato se le erizaron los pelos de la espalda.

Capítulo 5

El trío prosiguió su viaje. Durante los días siguientes el esquema no difirió en mucho. Vivieron libres de incidentes y emociones. Al rayar el día abandonaban sus lugares de reposo y continuaban su incesante carrera toda la jornada. El ritmo de la marcha estaba supeditado a la resistencia del perro viejo. Los lugares favoritos para dormir eran los pozos dejados por árboles desarraigados donde se hallaban protegidos del viento y podían cavar una madriguera entre las hojas sueltas, en busca de calor. Al principio efectuaron frecuentes paradas y descansos pero, a medida que transcurrían los días, el terrier se ponía más fuerte. Después de una semana estaba flaco, pero le cicatrizaban las heridas en los hombros y el pelo se le ponía más suave y saludable. En realidad, se hallaba en mejores condiciones y parecía más joven y apto que al principio del viaje. Mostrábase siempre en buena disposición y, la mayor parte del tiempo, muy contento, trotando por el vasto silencio de los arbustos con un humor excelente e inalterable. Casi siempre estaba hambriento, mas el gato, experto cazador, lo proveía de alimentos los cuales, si bien le resultaban insatisfactorios, eran los adecuados para su nueva norma de vida.

El que realmente sufría era el famélico perro joven pues no era un cazador por naturaleza y desperdiciaba montones de energía buscando presas. Se alimentaba principalmente de ranas y ratones y, de tanto en tanto, de lo que le dejaban los otros dos. A veces tenía la suerte de asustar a algún animalito para alejarlo de su presa. Pero la dieta resultaba inadecuada para un perro tan grande y pesado y sus costillas empezaban a verse a través de su pelo brillante. No podía descansar; su hambre constante lo llevaba a buscar comida cuando los otros dos se dormían. Y nunca participaba en sus diversiones, cuando a veces el gato salía huyendo, fingiendo sentir miedo del perro blanco. La diversión solía terminar al subirse a un árbol para que el otro no lo pescara. Entonces el labrador se sentaba aparte, solo y atento, nervioso y tenso. Parecía como si jamás pudiera olvidar su meta final: regresar al hogar. La casa de su amo, la casa a la que él pertenecía. Ninguna otra cosa importaba. Esta ansia, esta certeza tan poderosa como un imán, lo impulsaba a llevar a sus compañeros hacia el oeste, a través de una comarca salvaje y desconocida, como una paloma mensajera lanzada desde un desván ajeno.

La vida nómada parecía convenirle al gato. Se hallaba en buena condición, y parecía bien cuidado y atendido; tan airoso como nunca. Tan bien se había adaptado que, por momentos, daba la impresión de disfrutar realmente con la expedición. A veces dejaba a los otros dos un par de horas, pero éstos terminaron por no prestarle atención a sus ausencias pues tarde o temprano volvía a aparecer.

Gran parte del viaje lo hicieron por viejas sendas abandonadas que resultaban sorprendentemente numerosas en esa región virtualmente deshabitada. De tanto en

tanto tomaban unos atajos por la maleza. Era una suerte que aún siguiera ese «verano indio» pues el pelaje corto y fino del terrier no podía soportar las bajas temperaturas. Y si bien le estaba creciendo debajo otra capa para compensarlo, nunca sería la adecuada. También se le estaba espesando la piel al gato, haciéndolo parecer más pesado. En cuanto al labrador, no necesitaba ningún refuerzo. Estaba ya adaptado a todos los extremos y sus pelos gruesos crecían tan juntos que le formaban una superficie casi impermeable. Los días cortos eran cálidos y agradables cuando el sol estaba alto; pero las noches eran frías. En una de ellas, al producirse una súbita helada, el perro viejo tiritó tanto que abandonaron una cueva donde se habían refugiado no bien asomó la luna y durante toda esa noche siguieron el viaje, descansando casi todo el día siguiente al calor del sol.

Las hojas perdían rápidamente su color y muchos árboles se hallaban casi desnudos. Pero el cerezo silvestre y otras especies que crecían a los costados del camino seguían brillando de color y florecían las margaritas y los chamicos. Muchos de los pájaros del bosque habían ya emigrado; los que quedaban se juntaban en grandes bandadas, poblando el aire con sus incansables chácharas mientras giraban en círculos hasta formar una nube clamorosa, subiendo y bajando según sus deseos. También vieron a otros animales: la ruidosa marcha de los perros advertía a los tímidos habitantes mucho antes de que se acercaran. Y los que encontraban se hallaban demasiado atareados y preocupados en sus preparativos invernales como para mostrar curiosidad alguna. El único oso que encontraron estaba tan gordo como si fuera de manteca. Era un animal complaciente y dormilón que pensaba, evidentemente, en la hibernación y no se interesaba en lo más mínimo por extraños. En realidad, estaba sentado al sol sobre un tronco cuando lo vieron. Después de inspeccionarlos un poco con sus ojos adormilados y profundos, bostezó y siguió rascándose indolentemente una oreja.

Sin embargo, el gato siguió gruñendo durante una hora después de ese encuentro.

Los conejos y las comadreas habían ya mudado de piel y lucían sus blancos abrigos de invierno. Habían aparecido algunos pinzones de esa estación y en varias ocasiones los tres viajeros oyeron el exultante grito de los patos salvajes. Cuando levantaban la vista veían el paso de ellos encima de sus cabezas, formando una V, al dirigirse al sur. También se iban los visitantes de las tierras norteñas y los que se quedaban se aprestaban para el largo invierno que se avecinaba. Pronto el tiempo entero, el verdadero pulso del norte comenzaría a latir cada vez más lento hasta que cayera la nieve como una suave manta. Entonces los animales de hibernación dormirían en cuevas, madrigueras y huecos, respirando apenas en su profunda inconsciencia, hasta la primavera.

Como si supieran de estos preparativos y significados, los tres aventureros

aceleraron su marcha dentro de los límites fijados por la resistencia del perro viejo. En los días buenos recorrían hasta quince millas.

Desde que salieran del campamento indio en las orillas del lago donde crecía el arroz, no habían vuelto a ver seres humanos ni ninguna señal de algo habitado por humanos salvo una noche, cuando estaban husmeando en un tacho de basura fuera de una cocina en un campamento maderero, en lo profundo de un matorral. Algunos osos merodeadores habían pasado hacía poco por ahí; aún se percibía en el aire su olor rancio y fuerte. Por eso el gato se negó a acercarse. Pero el perro viejo, vigilado por el otro, dio vuelta el tacho de basura y trató de quitar la tapa con la nariz. El tacho rodó y golpeó fuerte contra unas rocas. El perro no oyó que una puerta se abría en la oscuridad, en el edificio de atrás. De pronto un tiro dio en el fondo del tacho, haciendo volar la tapa y desparramando el contenido encima del perro. Ensordecido y aturdido, se quedó clavado un momento, sacudiendo la cabeza. Un segundo tiro dio en el metal y lo hizo recobrar los sentidos. Agarró un hueso del montón y corrió hacia el Labrador; pero su carrera fue tan veloz que lo sobrepasó. Siguió una perdigonada que le dio en los cuartos traseros de modo que simultáneamente saltaba y redoblaba su velocidad. Pronto se hallaron en el refugio de los arbustos, pero faltaba mucho para hacer su descanso nocturno. El perro viejo estaba tan exhausto que se durmió hasta el alba. Fue un dolor pasajero, aunque el incidente aumentó el nerviosismo del perro joven.

Sin embargo, pocos días después, pese a sus cuidados, tuvieron otro encuentro inesperado. A eso del mediodía estaban bebiendo en un vado que cruzaba un camino cubierto de maleza y que conducía a una mina de plata, cuando surgió un conejo de rabo blanco, de unos helechos. El perro joven dio un salto, empapando a los otros dos que observaron la persecución. El conejo corría con la cabeza alta y el perro con la cabeza baja, con un ritmo saltarín, casi con la precisión de un ballet, hasta que desapareció entre los árboles.

El terrier meneó la cola, salpicando otra vez al gato; furioso, éste se fue. Librado de su urgencia diaria, el perro viejo procuró sacar el mejor partido de la situación. Feliz y contento, husmeó entre las rocas cubiertas de líquenes y las orillas tapizadas de musgos, saboreando todo con su olfato de conocedor. Con cierto disgusto husmeó unos grandes hongos leonados. Una cucaracha, de un negro brillante, recibió su atención unos momentos y él la siguió como un sabueso. Al rato perdió todo interés y se sentó encima de ella. Bostezó, se rascó una oreja y después se revolcó entre el barro seco. De pronto se quedó tieso, temblándole las patas y con la cabeza en el suelo, apuntando al camino. Aflojó la oreja que tenía apretada para poder escuchar mejor. Luego su cola registró, en un anticipo feliz, a alguien que caminaba por los arbustos, en dirección hacia él. Se levantó tambaleando y procuró ver algo, pese a su mala vista. La cola se le movía de un lado a otro para dar la bienvenida al

desconocido. Cuando apareció el viejo con una maleta de tela, hablándole en voz baja, el perro se adelantó para esperarlo. El viejo no se detuvo. Bajito y encorvado, pasó rápidamente, levantándose un gastado sombrero verde de fieltro y dejando al aire su blanca cabellera. Con una sonrisa saludó al perro. Dos paros de un color gris blancuzco lo procedían, volando de rama en rama encima de él. El terrier iba detrás. Pronto, a lo lejos, apareció el gato, corriendo para darles alcance, con los ojos clavados en los paros. Y detrás del gato, con una osamenta de conejo colgándole de la boca, iba el triunfante y siempre sospechoso labrador.

La dispersa procesión continuó a lo largo de un túnel fresco y verde del camino durante media milla, hasta que los árboles se hicieron menos densos y llegaron a una pequeña choza en un claro, al alcance de la vista de los que se hallaban en esa mina abandonada. Los tres pasaron, uno tras otro, por un jardincito recién rastrillado, entre pardas cañas para frambuesas y manzanos sin hojas, y se dirigieron lentamente a la galería. Ahí el viejo colocó en el suelo su maleta, golpeó en la verde puerta, esperó, luego la abrió, quedándose cortésmente a un costado para que entraran los animales. El perro viejo lo hizo primero, seguido de cerca por el gato y, por último, el hombre. El perro joven vaciló a un costado del camino, con los ojos bien abiertos y desconfiados por la carga que llevaba, y después, tranquilizado al ver la puerta abierta, puso con mucho cuidado al conejo detrás de un arbusto, amontonando encima una capa de hojas, y siguió a los otros. Los tres formaron un círculo en medio de la choza, expectantes, saboreando el delicioso olor a carne.

Observaron cómo el viejo cepillaba el ala del sombrero, lo colgaba en una percha y después lo vieron acercarse a una estufa pequeña y brillante, donde arrojó otro leño y se lavó luego las manos en una palangana, que llenó de agua con un cucharón. Levantó la tapa humeante de una olla sobre el fuego y los tres amigos se relamieron de satisfacción. Cuando el hombre sacó cuatro platos con ribetes dorados de un aparador, apareció una ardilla detrás de un jarro azul, en el estante superior. Parloteando animadamente, la ardilla le trepó por el brazo hasta el hombro, donde se sentó y miró con reprobación a esos forasteros, celosa. Su colita estriada se agitaba furiosamente. Dos lámparas brillantes aparecieron en la oscuridad de la cara del gato y movió la cola, a manera de respuesta. Pero se contuvo, en honor al ambiente que lo rodeaba.

El viejo respondió cariñosamente a la ardilla cuando puso los cuatro platos sobre la mesa, dándole un mendrugo de pan que le hinchó las mejillas. Después sirvió cuatro porciones chicas de guiso en los platos. El ruidito que hacía la ardilla quedó superado por la masticación de los otros; luego pasó de un hombro a otro para vigilar al gato. El perro viejo se acercó un poco más. Muy chiquito detrás de una silla de respaldo alto, el viejo se quedó de pie un momento, con sus ojos azules e infantiles cerrados. Después retiró la silla y se sentó. Miró alrededor de la mesa y por un

momento no supo qué hacer. Pronto la frente se le despejó y se levantó para traer las dos sillas restantes y un banco.

—Siéntense —les dijo y, ante esa orden familiar, los tres que estaban detrás de él tomaron asiento, obedientes.

El viejo comió, pero lo hizo en forma lenta y melindrosa. Dos pares de ojos hipnotizados seguían cada movimiento que hacía cuando se llevaba el tenedor a la boca. El tercer par de ojos estaba fijo en la ardilla. Al poco rato el plato quedó vacío y el viejo paseó una sonrisa en torno de la mesa. Pero la sonrisa se convirtió en perplejidad al ver que los tres platos permanecían intocados. Se quedó meditando un rato, después se encogió de hombros y pasó al lugar de al lado. Pronto terminó con lo que se había propuesto y volvió a cambiar de lugar. Hechizados, los visitantes permanecieron clavados en el piso. Hasta el perro viejo, por única vez en su vida, estaba desconcertado; aunque temblaba de anticipación y la saliva le corría por la boca ante ese olor tentador, permaneció sentado como la costumbre y el entrenamiento acostumbraban.

El viejo se sentó cuando quedó vacío el último plato, perdido en su propio mundo. Su paz interior se transmitía a la pequeña choza, por lo que los tres visitantes permanecieron como tumbas en sus sitios. Afuera había un poco de viento, haciendo vibrar la puerta abierta, sobre sus goznes rechinantes. Un picogordo entró volando para ubicarse en la parte superior; el suave sol otoñal le hacía brillar su plumaje y parecía como si el silencio viviente del enorme bosque hubiera pasado por la puerta abierta con la llegada del pájaro, por lo que los animales se sintieron incómodos, mirando detrás de ellos.

El chirrido de la ardilla quebró el silencio y se aferró con sus garras en la parte más alta del aparador cuando el gato dio señales de dar un salto. Pero se contuvo y salió por la puerta, después del picogordo. Despertando súbitamente de su ensoñación, el viejo se puso de pie y miró, sorprendido, a los dos perros, junto a la puerta. Una suave expresión de agradecimiento asomó en su cara y sonrió cariñosamente, aunque su mirada iba más allá de ellos.

—Tienen que venir más a menudo —les dijo. Y, dirigiéndose al perro viejo, que seguía en su lugar, moviendo la cola al oír esa cálida y suave voz, agregó—: Recuérdame ante tu querida madre con mi más profundo afecto.

Acompañó a los perros hasta la puerta. Los dos animales pasaron delante de él, moviendo la cola y después salieron, caminando lentamente y con gran dignidad, hasta el sinuoso camino entre las frambuesas y los manzanos y el sendero cubierto de maleza. Allí esperaron un rato mientras el perro joven desenterraba su presa y el gato se les unía. Luego, sin mirar atrás, trotaron en estrecha formación y se perdieron de vista entre los árboles.

Un cuarto de milla más adelante el perro joven miró con mucha cautela a su

alrededor antes de soltar su conejo. Lo frotó varias veces con la nariz y después lo dio vuelta. Al instante su pelo manchado de rojo quedó disperso y los dos perros se dieron un festín, gruñendo amigablemente mientras masticaban. El gato se sentó, doblando las patas mientras observaba. Transcurrido un rato se levantó sobre sus cuartos traseros y estiró las patas de adelante en toda su longitud hacia un árbol. Después, metódicamente, clavó las garras en la corteza del árbol. Giró rápidamente la cabeza, se detuvo y escuchó un rumor entre el pasto seco. Un segundo después saltó, describiendo un arco en aire. Una de sus garras se clavó en algo y ahí se quedó, con la cabeza gacha. De pronto se oyó un débil chillido. Antes de que los dos perros se dieran cuenta de que se había ido, ya estaba de vuelta, limpiándose los bigotes con una de sus patitas.

Al día siguiente los viajeros descendieron de las colinas hasta las orillas de un río que corría de norte a sur. Hasta la costa de enfrente había unos cien pies y, si bien no era muy profundo, la única manera de cruzarlo era nadando. El perro joven inició la marcha, observando la corriente desde una cierta distancia, tratando de hallar un medio para cruzarla como si le resultara evidente que sus compañeros no debieran mojarse los pies, si podían evitarlo, ya que a ninguno de los dos les gustaba nada el agua. En dos oportunidades se sumergió y nadó, regresando junto a los otros, invitándolos a intentar la prueba, como si fuera muy fácil. Pero ellos se quedaron junto a la orilla, unidos en su desgracia, por lo que se vio obligado a seguir trotando río abajo. Mientras lo hacía estaba más preocupado que nunca, consciente de que marchaba en la dirección contraria.

Era una comarca solitaria y deshabitada, por lo que no había puentes, y el río, mientras trotaban, se hacía cada vez más ancho. Después de recorrer tres o cuatro millas, el perro joven no pudo soportar más su frustración: se metió en el agua y nadó rápida y vigorosamente hasta la otra orilla, con su cola flameando detrás, como una nutria. Le encantaba el agua y se hallaba como en su casa en ese medio mientras que los otros dos la odiaban y temían. Se paró en la orilla de enfrente, ladrando para estimular a sus amigos, pero el perro viejo gimió con tanta pena y el gato se le unió como formando un coro de maullidos, que volvió a cruzar nadando, chapoteando cerca de la orilla. El perro viejo caminó cautelosamente por esas aguas poco profundas, tiritando y ofreciendo un aspecto desdichado, dando vuelta la cabeza. El labrador volvió a nadar, salió por el otro lado, se sacudió y ladró. En su orden no había la menor equivocación. El perro viejo dio otro paso hacia adelante, a regañadientes, gimiendo desconsoladamente, con la cola baja. Continuaron los ladridos y otra vez avanzó el terrier. Y nuevamente el labrador cruzó a nado para alentarlos. Tres veces cruzó a nado y, en la última, el perro viejo vadeó la corriente con el pecho. No era un buen nadador; lo hacía con movimientos rápidos y

espasmódicos, con la cabeza fuera del agua y sus ojitos negros mirando a todos lados, de miedo. Pero era un bull terrier, un «caballero blanco» y continuó, siguiendo la estela del otro, hasta que al final salió por la orilla opuesta. Sus arrebatos de alegría al encontrar tierra seca fueron como los de un marinero náufrago después de seis semanas en el mar sobre una balsa. Empezó a girar en círculos, rodó de espaldas y corrió, alternando un hombro con otro sobre el pasto alto para secarse. Finalmente se unió al labrador, en la orilla, y se puso a ladrar para alentar al gato.

El pobre gatito dio sus primeras señales de miedo desde que iniciaron el viaje. Se hallaba solo y la única manera de reunirse con sus amigos consistía en nadar y cruzar esa terrible franja de agua. Corrió hacia arriba y hacia abajo por la orilla, sin dejar de proferir sus fantásticos gemidos de siamés. El perro joven realizó las mismas operaciones de antes, nadando de un lado a otro, tratando de atraerlo al agua. Pero el gato estaba poseído de miedo y debió transcurrir un tiempo largo hasta que se decidió. Cuando lo hizo, fue con un impulso ciego, súbito y desesperado por meterse en el agua, traicionando su naturaleza felina. Su expresión de horror y disgusto resultaron casi cómicos cuando empezó a nadar hacia el perro joven, que lo esperaba a pocas yardas de distancia. Demostró ser un nadador sorprendentemente bueno. Y se hallaba ya realizando notables progresos, con el perro nadando junto a él, cuando ocurrió la tragedia.

Muchos años antes, una colonia de castores había construido un dique en un pequeño arroyo, que se había desmoronado en el río a unas dos millas, corriente arriba. Por cuanto los castores se habían ido, el dique se fue cayendo poco a poco y no pasó mucho tiempo hasta que cedió por completo, inundando la tierra de atrás. Ahora, por uno de esos caprichos del destino, un tronco podrido había cedido también y una gran parte del mismo sobresalía. Casi cuando los dos animales llegaron a mitad de la corriente, el dique se rompió por completo. La fuerza del arroyo, ahora libre, cubrió la brecha convirtiéndose en un torrente cada vez más ancho, llevándose todo a su paso y entrando en el río, donde se transformó en una ola montañosa, arrastrando árboles pequeños, ramas rotas, pedazos de la orilla y el dique de los castores en su cresta. El perro joven vio esa ola impetuosa unos momentos antes de que llegara a ellos y, frenéticamente, trató de nadar hasta quedar en una posición más arriba del gato, procurando protegerlo, instintivamente. Pero ya era demasiado tarde y la enorme y curva cresta de la ola surgió por encima, sumergiéndolos en ese caos de restos. El extremo de un tronco le pegó de lleno en la cabeza al gato, el cual fue llevado varias veces por el torrente hasta que, por último, pudo aferrarse a un pedazo medio sumergido del dique. Pero el ímpetu de la corriente deshizo el dique al pasar por el lecho del río.

El perro viejo, ladrando de manera salvaje —pues había presentido el desastre, aunque no lo podía ver— vadeó con el pecho hundido en el agua. Pero sus fuerzas lo

abandonaron y quedó sin aire y ahogándose. No le quedó más remedio que regresar.

El otro perro, excelente nadador como era, volvió a la orilla con grandes dificultades. Aún así la corriente lo llevó casi una media milla antes de poder poner los pies en tierra. En seguida partió, río abajo por la orilla, en persecución de su compañero.

Varias veces vio la diminuta figura del gato, la mitad bajo el agua, emerger de esa cresta blanca. Pero nunca se hallaba lo suficientemente cerca, salvo en un punto donde el fragmento del dique de los castores, sumergido en parte, quedó apresado en una rama. Se zambulló inmediatamente pero, cuando casi estaba por llegar a la rama, ésta se rompió y, una vez más, siguió río abajo en un remolino hasta que se perdió de vista.

Poco a poco el perro fue quedando cada vez más atrás. Por último se detuvo, cuando el río entró en una garganta rocosa, donde no se podía hacer pie en ninguno de los lados. Se vio obligado a subir a tierra y, cuando volvió a reunirse con el río, en el extremo lejano de la garganta, no había señales del gato.

Era ya casi de noche cuando volvió junto al terrier, que caminaba fatigosamente a lo largo de la orilla. El labrador estaba exhausto, renqueaba y se lo veía extremadamente agotado y desdichado. Tanto que apenas devolvió el saludo a su viejo amigo y se dejó caer en el suelo, respirando dificultosamente, como podía verse en sus flancos. Ahí se quedó, hasta que la sed lo llevó al borde del agua.

Pasaron la noche donde estaban, en la orilla, tranquilos después de toda la violencia de la tarde. Se tendieron uno al lado del otro, encorvados, en busca de comodidad y calor, y cuando cayó una fría lluvia y se levantó el viento, fueron a ubicarse debajo de las ramas extendidas de un viejo abeto, que les ofreció su refugio.

A mitad de la noche el perro viejo se incorporó, temblando de frío. Echó atrás la cabeza y aulló su réquiem de pena y soledad a ese cielo cubierto de nubes. Finalmente, el perro joven se levantó con esfuerzo y lo alejó del río, antes de que amaneciera, llevándolo más allá de las colinas, hacia el oeste.

Capítulo 6

A muchas millas río abajo, del lado por el que habían cruzado los perros, había una pequeña cabaña, cerca de la orilla, rodeada por tres o cuatro acres de tierra. Su aspecto sólido e insignificante estaba iluminado únicamente por los rojos geranios en los alféizares de las ventanas y una puerta, de un azul intenso. En el fondo había un granero y una casilla para baños de vapor, en el lado más cerca del río. El recuadro de una quintita con vegetales, la huerta reciente y los terrenos pulcramente envallados, con sus pilares de piedras y tocones, eran pequeños milagros de la victoriosa batalla ganada a los bosques que los circundaban.

Ahí vivía Reino Nurmi y su esposa, tan sólidos e insignificantes como la cabaña que habían construido con sus propios troncos, desbastados a mano. La vida de ese matrimonio era tan frugal y ordenada como los campos que habían rescatado de esos páramos. Habían domeñado las malezas y, a su vez, éstas les proporcionaban sus alimentos y los escasos víveres que obtenían de las trampas y de bosque. Pero la lucha por mantener sometida a esa naturaleza indómita era incesante. Conservaban todavía sus orígenes finlandeses y su identidad cuando salieron de su patria, limitándose a intercambiar los vastos y solitarios bosques de su país natal por otros. El único contacto que mantenían con ese nuevo mundo que se extendía más allá de su propiedad era el de su hijita Helvi, de diez años, que no conocía otra patria. Helvi recorría a pie las solitarias millas que la separaban hasta llegar todos los días al ómnibus escolar, que la esperaba. Y a través de ella los padres hundían más sus raíces en la seguridad de ese Nuevo Mundo. Sentíanse contentos dentro de los horizontes fijados por su trabajo.

La tarde del domingo en que se desmoronó el dique de los castores, fue un día de cierto descanso. Helvi marchaba río abajo, arrojando piedritas al agua y deseando tener un compañero. Pues le resultaba difícil ser justa en una competencia con ella misma. La orilla del río era empinada y alta en ese lugar, de modo que se hallaba a salvo cuando pasó un torrente de agua, anunciando una enorme ola. Se quedó mirándola, fascinada por el espectáculo, pensando que debería ir a comunicárselo a su padre, cuando vio un resto del naufragio que remolineaba hasta quedar apresado en unas rocas al borde de la barranca. Alcanzaba a ver lo que parecía ser un cuerpo pequeño y agotado, en la superficie. Corrió junto a esas aguas agitadas para investigar, bajando por la barranca hasta quedar frente, llena de compasión, a ese cuerpo empapado y cubierto de barro pensando qué sería, pues jamás había visto algo así en su vida. Acercó esa masa de tallos y ramas hasta la tierra y corrió a llamar a su madre.

La señora Nurmi se hallaba en el patio, junto a una vieja cocina donde quemaba madera, y donde aún solía hervir algunos vegetales que les proporcionaban tintura

para sus tejidos, o cáscaras y restos de comida para las gallinas. Siguió a Helvi, llamando a su marido para que fuera a ver ese extraño animal transportado por un río que, de pronto, había adquirido un torrente insólito.

Llegó el hombre, con su andar lento de campesino y rostro de profunda calma, y se unió a las dos para mirar, en silencio, ese cuerpito agotado. Su piel, oscuramente pegoteada, traicionaba su liviandad, con los frágiles huesos del cráneo y su cola enroscada, expuestos miserablemente al aire. De pronto se agachó y lo tocó suavemente con las manos; después le empujó hacia abajo y hacia arriba la carne de un ojo y miró con más atención. Se dio vuelta y vio la expresión ansiosa e inquisidora de Helvi, cerca de él y, más allá, la de la madre.

—¿Vale la pena salvar a un *gato* ahogado? —les preguntó. Y cuando la madre asintió, al ver la mirada suplicante de Helvi, no preguntó nada más. Levantó esa forma empapada y se dirigió a la cabaña, diciéndole a Helvi que fuera a buscar enseguida unas bolsas secas.

Colocó el gato en el suelo, en medio de una mancha de sol junto a la cocina de afuera y lo frotó enérgicamente con las bolsas, haciendo girar el cuerpo de un lado a otro hasta que los pelos recuperaron su estado natural. Parecía una bufanda deshilachada. Después, mientras lo envolvía en las bolsas y la madre apretaba los dientes, Helvi vertió un poco de leche caliente y unas gotas de un coñac costoso en la fría y pálida garganta del animalito.

Vio cómo su cuerpo se estremecía de espasmos, seguidos por una débil tos. Después contuvo el aliento como muestra de compasión por ese gato en tan pobres condiciones, que se ahogaba por sus convulsiones. Unas gotitas de leche aparecieron a cada lado de la boca. Reino colocó ese cuerpo agotado en sus rodillas y le apretó suavemente la caja torácica. El gato tosió, luchando por respirar, hasta que, al final, largó el agua y se quedó distendido. Reino mostró una débil sonrisa de satisfacción y le pasó el envoltorio a Helvi, diciéndole que lo mantuviera caliente y tranquilo por un rato..., si estaba segura de que aún seguía queriendo al gato.

Helvi palpó el horno, todavía caliente, si bien el fuego hacía tiempo que estaba apagado, y puso al gato en una bandeja del interior, dejando abierta la puerta. Cuando la madre entró en la cabaña para preparar la cena y Reino se fue a ordeñar la vaca, Helvi se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, al lado de la cocina, mordiendo de ansiedad una de las puntas de sus trenzas rubias, observando y esperando. De tanto en tanto metía la mano en el horno para tocar al gato, para aflojarle el envoltorio o para acariciarle el pelo, que estaba recuperando su vigor bajo sus dedos.

Transcurrida media hora tuvo su recompensa: el gato abrió los ojos. Se agachó y lo miró de cerca. Ahora su negrura se iba contrayendo y apareció un par de ojos sorprendentemente vividos y azules. Al rato, por obra de sus caricias, sintió una vibración en la garganta, seguida de un débil ronroneo. Presa de agitación, llamó a los

padres.

Pasada otra media hora, la niña finlandesa tenía en su falda un gato siamés, de pelo suave y brillante, que ronroneaba y había dado fin a dos platos de leche (que, por lo general, detestaba) y que se había acicalado él solo desde la cabeza a los pies. Cuando la familia Nurmi estaba comiendo la cena en torno de la pulida mesa de pino, el gato había terminado de comer un tazón de carne picada y se abría paso entre las patas de la mesa, pidiendo, con su voz quejosa y extraña, más comida. Bizqueaba adrede y llevaba la cola enhiesta como un estandarte. Helvi sentíase fascinada al verlo y al levantarlo, por la suavidad de su cuerpo.

Esa noche los Nurmi comieron pollo fresco, cocinado a la manera de su país natal, con la cabeza incluida y una guarnición de papas. Helvi puso la cabeza, con un poco de caldo y papas en un plato, en el suelo. Pronto desapareció la cabeza, acompañada con unos gruñidos de placer. Después desaparecieron las papas y, finalmente, sosteniendo el plato con una pata, el gato lo lamió hasta dejarlo limpio. Satisfecho, se estiró magníficamente, con las patas delanteras extendidas, de modo que parecía un león heráldico. Después saltó a las faldas de Helvi, enroscándose y ronroneando fuerte.

La aceptación del gato por parte de los padres quedó completada por la acción emprendida por el siamés, si bien nunca hubo, en la economía de esa familia, ni lugar ni tiempo para tener un animal que no se ganara su propio sustento, ni hubiera vivido en otro sitio que no fuera el granero o una casilla. Por primera vez en su vida Helvi tenía su animalito doméstico.

La niña se llevaba el gato a la cama y éste se acomodaba sobre su hombro, con toda familiaridad, cuando ella subía la empinada escalera que conducía a su cuartito en el alero, y lo arrojaba cariñosamente en una vieja cuna de madera. El siamés se dormía contento y su negra cara resultaba una incongruencia contra una almohada de muñeca.

Cuando la noche estaba muy avanzada, Helvi se despertó por un fuerte ronroneo que sintió en la oreja mientras el gato formaba un círculo a su espalda. Una ráfaga de viento llevó a su cara una lluvia fría. Helvi se enderezó para cerrar la ventana, oyendo a lo lejos, débilmente, el lamento de un lobo. Tiritó de frío cuando volvió a acostarse y acercó un poco más esa nueva forma de calor que le proporcionaba el gato.

Al irse a la mañana siguiente para emprender su larga caminata y tomar el ómnibus que la llevaba a la escuela, el gato se enroscó en el alféizar de la ventana, entre los geranios, después de haber comido un gran plato de avena. El pelaje le brillaba al sol mientras se lo relamía soñolientamente. Seguía con la mirada a la señora Nurmi cuando caminaba por la cabaña. Pero cuando la mujer salió, con una canasta de ropa para lavar, se dio vuelta para mirarlo: el gato estaba parado en sus patas traseras, atisbando todo y abría y cerraba la boca sin hacer ruido, detrás de la

ventana. La señora se apresuró a regresar, temerosa de sus geranios y abrió la puerta, que el gato ya estaba arañando, como esperando que el animalito saliera huyendo. En cambio, la siguió hasta la cuerda para colgar ropa lavada, sentándose junto a la canasta y ronroneando. Tampoco le perdió pisadas cada vez que ella iba desde la cabaña a la cocina, o al gallinero o al establo. Cuando, por error, la mujer lo dejó encerrado afuera, el gatito empezó a llorar desconsoladamente.

Tal era la conducta que llevaba todos los días: era la sombra de los Nurmi cuando realizaban las tareas domésticas, apareciendo sin hacer el menor ruido desde algún lugar donde pudiera mirar todo, con ventaja: el asiento de la rastra, una bolsa de papas, el pesebre o la plataforma del pozo. No apartaba los ojos de ellos en ningún momento. La señora Nurmi estaba profundamente conmovida por su aparente necesidad de compañía. Es que su comportamiento era distinto de todos los gatos. Lo cual lo atribuía a su origen extraño. Pero su marido no se dejó engañar con tanta facilidad: había notado la insólita intensidad que brillaba en sus ojos azules. Un día que pasó un cuervo, imitando la voz del gato y éste no levantó la vista, y cuando, después, se sentó en el establo y no se movió al oír un ruido entre la paja, Reino llegó a la conclusión que el gato era sordo.

Con sus libros escolares y su cajita para el almuerzo, Helvi volvía casi a las corridas a su casa, por el campo, y levantaba al gato cuando éste iba a encontrarla. Se le subía al hombro, haciendo equilibrio, mientras la niña realizaba las tareas de rutina de todas las tardes. Sin preocuparse por la carga que llevaba encima, le daba de comer a las gallinas, recogía los huevos, iba a buscar agua y después se sentaba a la mesa ensartando hongos secos. Cuando ponía al gato en el suelo, antes de cenar, veía que su padre tenía razón: sus puntiagudas orejas no respondían a ningún ruido, aunque notaba que se asustaba y giraba la cabeza cada vez que ella golpeaba las manos o la más pequeña piedra caía en el piso pelado.

Helvi se había llevado a su casa dos libros de la biblioteca circulante y después de la cena y de haber lavado los platos, sus padres se sentaban al lado de la estufa, en el breve intervalo antes de ir a la cama, mientras ella leía en voz alta, traduciéndoles al mismo tiempo. La familia se sentaba, en esos raros momentos de descanso, con el gato estirado de espaldas a sus pies. La suave voz de la niña en la oscura austeridad de la cabaña los transportaba, como en un ensueño, más allá del círculo de luz de la lámpara de petróleo, al calor y el brillo de tierras extrañas...

A compás de esas lecturas se enteraban de gatos siameses que habían navegado por el mundo, acompañados por seres humanos que los consideraban sin igual para ir en barco; y del orgulloso Cuerpo de Vigilancia para Siameses, que patrullaba los muelles de El Havre, incesantemente. Veían, con los ojos semicerrados y soñadores, el palacio de los gatos vigías del antiguo Siam, caminando delicadamente sobre sus largas patas simiescas por los patios poblados de fuentes, lustrando suavemente, con

sus extremidades como almohadillas, los mosaicos a lo largo de los siglos. Y, por último, se enteraron de que estos aristocráticos siameses tenían un rulo en la punta de la cola, que legaron a todos sus descendientes.

Y mientras escuchaban esos relatos, miraban maravillados al piso pues ahí estaba tendido, sobre la gastada alfombra, acostado de espaldas, sus espaldas aristocráticas, uno de esos descendientes, moviendo perezosamente la cola y con los ojos —esos ojos que eran como dos joyas— fijos en la mano de su hija, a medida que ella daba vuelta las páginas que hablaban de sus antepasados: los gatos guardianes de las princesas de Siam. Cada una de esas princesas, cuando bajaba a bañarse en el lago del palacio, acariciaba la cola de su gato para sentirse segura y protegida. Tan celosos sentíanse esos gatos de la misión que les habían asignado, que doblaban la última coyuntura para ejercer una mejor custodia. Con el tiempo esas colas quedaron siempre así, hasta llegar a sus últimos descendientes.

Uno tras otro los Nurmi pasaron una mano, admirados, por la cola del siamés para sentir la verdad de esa terminación ósea doblada. Después Helvi le dio un tazón de leche, que el gato bebió con toda su dignidad real antes de que lo llevara a la cama, allá arriba.

Esa noche, una vez más, el gato se enroscó cómodamente en los brazos de Helvi y, al día siguiente, mientras la niña estaba ausente, siguió a los padres de ella por todas partes. Se internó por la maleza cuando la madre buscaba los últimos hongos y más tarde se sentó en uno de los escalones de la cabaña, jugando con los granos de maíz mientras ella desgranaba las mazorcas. Siguió a Reino y a su caballo de tiro por los campos, hasta el bosque, y ahí se ubicó en un tocón, siguiéndolo con la cabeza cada vez que él hacía un movimiento. Luego se acurrucó junto a la puerta del establo y lo vio remendar unos arneses y aceitar las correas. Y por las tardes, cuando regresaba Helvi, ahí estaba esperándola, como un extraño y hermoso enigma en medio de las rutinas diarias. Porque él se había convertido, a su vez, en otra rutina más.

Pero a la cuarta noche se sintió inquieto. Movía la cabeza y se pasaba las patitas por las orejas, emitiendo unos suaves gemidos a espaldas de la niña. Por último se acostó, ronroneando fuerte, y le puso la cabeza en la mano de ella. La niña miró esos triángulos negros que se destacaban contra el rectángulo de la ventana y veía cómo brillaban y temblaban ante cada ruidito que se oía en la noche. Encantada de que el gato recuperaba su oído, se durmió.

Cuando se despertó esa noche, tarde, al notar la falta de calor, lo vio acurrucado en la ventana abierta, mirando los campos pálidos y los altos y oscuros árboles de abajo. Su larga y sinuosa cola se movía de un lado a otro, como si estuviera midiendo la distancia hasta el suelo. Por más que ella estiró impulsivamente una mano hacia él, el gato pegó un salto, aterrizando con un ruido muy suave.

Helvi miró hacia abajo y vio que el gato, por primera vez, giraba la cabeza hacia ella cuando lo llamó, con sus ojos brillando como rubíes a la luz de la luna. Después se dio vuelta y, con profunda y súbita desolación, la niña comprendió que el gato no la necesitaba más. Con los ojos empañados de lágrimas lo vio irse, huyendo como un fantasma hacia el río que lo había traído. Pronto esa forma fugaz se perdió entre las sombras.

Capítulo 7

Los dos perros estaban muy alicaídos cuando continuaron el viaje sin el gato. Especialmente el perro viejo, que lo añoraba, pues había sido su constante e íntimo compañero durante muchos años, desde aquel día en que un gatito, resoplando furiosamente, con unas patas muy cómicas, como enfundadas en medias negras y un cuerpo casi blanco, se había unido a la familia Hunter. Tal aparición se resistió a ceder una pulgada de terreno a ese furioso y celoso bull terrier, el cual odiaba a los gatos y sentía terror por cualquier felino que se acercara. Esa vez se adelantó, con toda la intención de darle batalla a ese minúsculo cuerpo. El perro, por primera y última vez en su vida, capituló. Ese día se formó un vínculo entre ellos y a partir de ese momento fueron inseparables. Al gatito, por sorprendente que parezca, tampoco le gustaban los gatos de modo que formaron una sociedad bastante divertida y feroz, cuyo resultado fue una guerra incesante entre ellos. Cuando salían juntos, el vecindario no sólo quedaba libre de gatos, sino también de perros. Con los años se habían apaciguado y ahora eran más tolerantes, limitándose exclusivamente a sentirse conquistadores. Sólo abrieron sus filas al manso perro joven cuando éste llegó años después. Pero, por más cariño que le tuvieran, el afecto que existía entre ellos dos era totalmente distinto.

Ahora los perros estaban librados a sus propios recursos. El labrador hizo lo mejor que pudo e intentó iniciar al otro en la caza de ranas y ratones de los campos. Pero la vista del terrier estaba demasiado debilitada para tener éxito. Con todo, tuvieron más suerte de lo acostumbrado: en una oportunidad sorprendieron a una marta en el momento de despacharse un puercoespín. No bien se acercaron, la tímida marta desapareció de un santiamén, dejando al maltrecho puercoespín. Los perros pronto dieron cuenta de él y ese día se regodearon con un festín como nunca habían tenido. La carne del animal era suave y tierna.

En otra oportunidad, el perro joven cazó un avetoro, que estaba inmóvil, como una estatua, al borde de un lago, con su largo cuello rematado con una delgada cabeza que sobresalía de su cuerpo estirado. Lo único que se le movían eran los ojos, que pestañeaban de aprensión. El pájaro se apartó cuando saltó el perro, pero el vuelo resultó torpe porque sus largas patas le impidieron ir muy lejos. La carne del pájaro era fibrosa, pero los perros la devoraron ávidamente. Lo único que quedó fueron el pico y las patas.

Un día llegaron a una pequeña granja. Aunque temían la presencia de seres humanos, el perro joven estaba tan hambriento que cruzó un claro, donde lo podían ver desde la granja y cazó una de las gallinas que estaba comiendo. Estaban acurrucados en medio de ese revoltijo de sangre y plumas dispersas, cuando oyeron un grito y la figura de un hombre en el ángulo lejano del campo. Un collie negro se

adelantó corriendo, gruñendo a medida que se les acercaba.

El perro joven se preparó para el ataque inevitable. A pocas yardas de distancia el collie se acurrucó, con los labios contraídos y dio un salto hacia esa garganta vulnerable que tenía frente a él. El perro joven era un luchador sin esperanzas: le faltaban el instinto y la constitución física; por pesado y fuerte que fuera, su boca había sido entrenada para llevar pájaros de caza, y la estructura de sus mandíbulas, con sus suaves labios protectores, era una desventaja. Su única esperanza para sobrevivir contra los dientes como navaja de su rival residía en las gruesas capas protectoras de piel en torno de la garganta.

Pronto resultó evidente que estaba perdiendo terreno y los efectos de una dieta inadecuada menguaban su resistencia. Se hallaba de espaldas, con el collie encima, listo a dar la última dentellada, cuando el perro viejo acudió en su ayuda. Hasta ese momento había sido un simple espectador interesado, juzgando todo desde un punto de vista profesional, pues una buena lucha es un enorme placer para un bull terrier. Pero ahora apareció en sus ojos negros una alegría demoníaca. Tensó su cuerpo, calculando el salto con una maestría absoluta, producto de largos años de práctica. Un cuerpo blanco y macizo se arrojó como una saeta o un proyectil de acero contra la garganta del collie. El impacto sacó al perro negro como si fuera una pluma. El bull terrier apretó con fuerza esa garganta y empezó a sacudirle la cabeza. Por el rabillo del ojo vio que el labrador estaba otra vez de pie. Pero los dientes del terrier estaban mochos y, con un tremendo esfuerzo, lo apartó. Los pies del perro viejo apenas habían tocado el suelo antes de dar otro salto hacia esa feroz garganta, como si se le fueran los años de encima y volviera a recuperar todo el poder de su juventud. Una vez más derribó al collie, ahora aterrándole con mayor fuerza la garganta, sacudiéndole su poderosa cabeza hasta que el perro, debajo de él, empezó a ahogarse como si lo estuvieran estrangulando. El collie hizo un esfuerzo desesperado y convulsivo por apartarse rodando. Una sangre blancuzca le salía por la garganta. Luchó por ponerse de pie. El terrier soltó su presa y se alejó, con el lomo erguido arrogantemente pero los ojos húmedos, de modo que casi parecía un reptil. El collie se quedó temblando, esperando la protección de su amo. La sangre le salía de la garganta. Por lo general era un perro valiente pero nunca se había encontrado con unos enemigos tan bravos.

El labrador hubiera querido que todo terminara ahí e irse, pero el terrier seguía disfrutando de su proeza y miraba, especulativamente, al collie. Después, esa mezcla especial de bull terrier y humorista que había en él, asomó en su carácter y se sirvió de un viejo truco de su raza, el cual, por así decir, solía «esconder en la manga» para las ocasiones en que su intención no era matar sino infligir un castigo. Empezó a girar en círculos, cada vez más rápidos, como si estuviera persiguiendo su propia cola hasta que, como un derviche, se acercó al sorprendido collie, giró varias veces, y lo

derribó con la fuerza del impacto contra él, aprovechándose de esa ventaja al final de cada vuelta. Aterrorizado por este método de ataque sin precedentes, magullado, amargado y dolorido, el enemigo calculó el segundo que demoraba en dar una vuelta y salió huyendo, con la cola entre las piernas, hacia su amo, quien lo recibió con unas palmadas en la cabeza.

El granjero contempló, incrédulo, a los dos culpables, que en ese momento corrían por el campo para refugiarse en el matorral. El perro joven, con una oreja desgarrada y cubierta de sangre, y varias mordeduras profundas en las patas delanteras; pero el viejo y feliz guerrero, gallardo e indemne. Cuando el hombre vio el conjunto de plumas, arrojó su bastón a esa blanca forma en retirada; pero al perro le habían arrojado tantos palos y bastones en el curso de su larga vida, después de muchas peleas, que lo sorteó instintivamente, sin dar vuelta la cabeza y prosiguiendo con su trote, balanceando su cuerpo con insolente alegría.

Esta batalla sirvió para restaurar la moral del perro viejo. Hasta cazó esa noche un ratón de los campos para su cepa, arrojándolo al aire con una pericia profesional que hubiera honrado a sus antepasados, los cuales habrían matado a sesenta ratas en los mismos minutos, centenares de años atrás.

Pese a su envaramiento y a sus llagas, también el perro joven parecía feliz, tal vez porque el viento del oeste que soplaba esa noche le recordaba cosas olvidadas y lo acercaba, cada hora que pasaba, a su destino. Quizá se debía a que la comarca que cruzaban era menos áspera, menos remota y se parecía más a la que él conocía y donde se había criado. O quizá porque su compañero sentía encantado con él. Pero, sea lo que fuere, hallábase más cómodo y menos agotado que al principio del viaje.

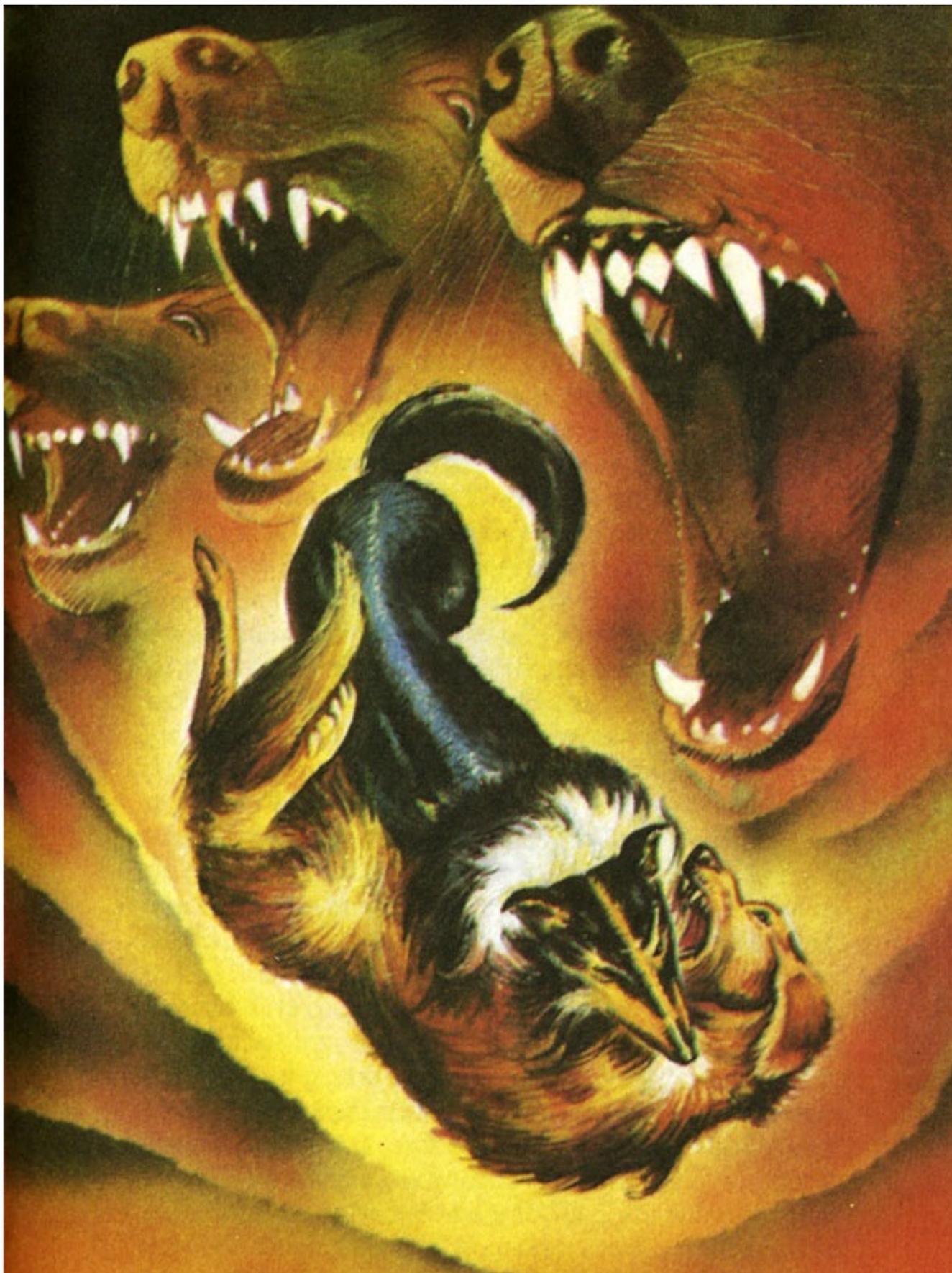
Esa noche durmieron en una cueva seca y no muy profunda, entre los crestones de una mina de molibdeno abandonada en la cima de una colina. El talud rocoso de afuera estaba cubierto de pieles de culebras no venenosas, tan brillantes, secas y livianas que al menor soplo de viento se agitaban y susurraban como si hubieran recobrado vida.

Las primeras luces de la aurora se insinuaban en el cielo cuando el perro joven se irguió, alerta, al oír el rumor cercano de un animal entre las hojas muertas y las ramas. Se quedó palpitando un rato, con los nervios tensos, al reconocer el olor y, al instante, por la abertura de la cueva de enfrente pasó un gran puercoespín que regresaba pacíficamente a su hogar, después de una noche en busca de alimentos. Al acordarse de la apetitosa comida que le había proporcionado la marta, decidió imitarla. Saltó hacia el puercoespín, pensando darle vuelta y matarlo después, como le había visto hacer al otro animal. Mas, por desgracia, no se había fijado en el paciente trabajo preparatorio de la marta antes de la matanza cuando, con astucia, consiguió que las púas quedaran incrustadas en un árbol caído, tras lo cual le había asestado un rápido y hábil golpe al puercoespín en la base del hombro mientras éste,

desarmado, se protegía su tierna nariz y la garganta, bajo el árbol. En cambio, el puercoespín que ahora tenía frente a él se dio vuelta en el acto, con una velocidad increíble en un animal de aspecto tan torpe, y le asestó un fuerte golpe en la cara. El perro lanzó un aullido y saltó hacia atrás ante ese inesperado y doloroso azote. El puercoespín se alejó, furioso.

El labrador tuvo suerte de que la cola le golpeará en un costado, de modo que las púas sólo le perforaron un lado de la cara, errando el ojo por una fracción. Pero tenían casi dos pulgadas y media de longitud y eran como alambres de púa en la punta por lo que entraron firme y dolorosamente.

Por más que quiso no pudo sacárselas. Lo único que consiguió fue que entraran más. Las deshizo con las garras y se rascó hasta sangrar. Se frotó la cabeza y la mejilla en el suelo y contra el tronco de un árbol. Mas las crueles púas se le incrustaron más y la tortura se le extendió por la cara y las mandíbulas. Al final abandonó todo intento por liberarse de ellas y los dos perros continuaron el viaje. Pero cada vez que se detenían, el labrador sacudía la cabeza o se rascaba frenéticamente con la pata trasera, en busca de un alivio a sus dolores.



El collie se acurrucó, con los labios contraídos y dió un salto hacia esa garganta vulnerable que tenía frente a él. El perro joven era un luchador sin esperanzas.

Capítulo 8

El gato era un veloz y eficiente viajero. No le costó ningún trabajo encontrar el camino de los perros desde el punto en que se habían separado, al oeste del río. Lo único que lo detuvo fue la lluvia, que detestaba. Cuando caía un chaparrón corría a refugiarse en el primer lugar que encontraba, con las orejas aplastadas contra la cabeza, los ojos más bizcos y miserables que nunca, hasta que cayera la última gota antes de continuar el viaje. Después retomaba el camino con profundo disgusto por el pasto y la maleza mojados, lo cual le tomaba mucho tiempo y a menudo se detenía para sacudirse las patas.

No dejaba señales de su marcha. Apartaba las ramas y a veces sentía un momentáneo crujido de hojas secas. Pero nunca rompió una ramita ni la menor piedrita se movió de lugar bajo sus pies suaves y seguros.

Sin la ruidosa compañía de sus amigos podía ver todo y no ser visto por nadie. Ningún animal percibía su presencia, ya fuera en la maleza o desde lo alto de un árbol. Al alba llegó hasta colocarse cerca de un ciervo, de suave mirada, que bebía al borde de un lago. Observó la afilada nariz y los brillantes ojos de un lobo, atisbando desde los arbustos; vio los cuerpos sinuosos y las caras delgadas de visones y martas. En una oportunidad levantó la vista y vio una marta, con cabeza parecida a la nutria, encima de él y cómo le sobresalía la cola cuando dio un salto por un claro de quince pies para caer en un pino verde oscuro, que se mecía. Y observó, con desdén, cómo un zorro corría a medio galope por el sendero debajo de él, mientras descansaba en la rama de un árbol. Aquellos con los que se encontraba cara a cara procuraban no mirarlo y se alejaban. Sólo un castor siguió haciendo su trabajo, sin prestarle atención.

Su instinto ancestral le decía que no debía dejar señales de su paso; los restos de presas que mataba con eficiente rapidez eran sepultados en el suelo y tapados enseguida. La misma precaución tomó con sus excrementos. Los cubría con tierra fresca. Cuando dormía, lo que hacía raras veces, era una fugaz «siesta gatuna», que tomaba en las gruesas y altas ramas de árboles perennes. Era de una astucia infinita y de amplios recursos. Y no temía a nada.

Al amanecer de la segunda mañana descendió a beber al borde de un lago rodeado de juncos. A una distancia de unos cien pies, llegó a una estructura oculta por juncos y ramas, en la orilla del lago, donde estaban acurrucados dos hombres, con las escopetas en las rodillas, y un perro Chesapeake. Un conjunto de patos de señuelo marchaba, como si fueran reales, por el agua, frente a ellos. El perro se movió, inquieto, dando vuelta la cabeza y gimiendo en voz baja cuando el gato pasó,

silencioso e invisible. Pero uno de los hombres le ordenó al perro que se callara y se acostara. El animal obedeció, con las orejas paradas y los ojos alerta.

El gato se quedó mirándolo un rato, detrás de unos juncos altos; después levantó la cola —lo único que quedaba a la vista— y retorció la punta, disfrutando de la frustración del perro. Se dio vuelta y se deslizó silenciosamente hasta la orilla del lago, donde su delgado cuerpo, acurrucado en una roca, fue visto por uno de los hombres, a través de sus binoculares.

—¡Oye, gatito! —gritó una voz incierta, tras un momento de silencio—. ¡Ven, minino! —insistió, un tanto perplejo. El gato hizo caso omiso de él y metiendo su lengüita rosada en el agua bebió lenta y deliberadamente.

Ahora se oían dos voces, con un eco de risas que expresaban su incredulidad. El gato levantó la cabeza y miró directamente a las dos figuras de pie, recortadas contra el cielo.

Oyó que los hombres discutían acaloradamente y, como verdadero «manda parte» movió cada una de las patas, descendió delicadamente de las rocas y se perdió de vista. Detrás de él oyó unas carcajadas de incredulidad y continuó su camino, satisfecho.

Siguió marchando entre las nieblas de la mañana, en busca de las huellas de los perros hasta que encontró una piel de conejo, comida en parte, y otras pistas, cerca de unas rocas donde, evidentemente, habían pasado la noche. El olor que despedían era bastante fuerte para su fino sentido del olfato. En un punto debieron cruzar la comarca, en medio de abetos y pantanos con cedros, por lo que su marcha prosiguió alternando senderos suaves y secos, sembrados de agujas y otros empantanados. El lugar no podía ser más sombrío. El gato se puso nervioso, mirando de tanto en tanto hacia atrás como si lo estuvieran siguiendo. En varias oportunidades se trepó a un árbol y se acurrucó en una rama, atisbando y esperando. Pero sea lo que fuere lo que olía o se imaginaba, demostraba tener la misma astucia que él y nunca se dejaba ver.

Permaneció alerta y suspicaz. En cada fibra de su cuerpo sentía que algo lo seguía. Aceleró su marcha hasta que, con gran alivio, vio que esa zona de sombríos y espesos arbustos llegaba a su fin: frente a él vio espacios de cielo azul, lo que significaba una comarca más abierta. Se topó con un árbol caído en ese sendero de ciervos que recorría. Trepó al tronco para pasarlo, haciendo una breve pausa y de pronto todos los pelos se le pusieron de punta pues en ese momento oyó con claridad y sintió, más que vio, la presencia del animal que lo seguía. Y no estaba muy lejos de él. Sin demorar un instante, saltó del tronco a un abedul, aferrándose con sus garras y mirando hacia el sendero. Dentro de su campo visual, moviéndose con un paso aterciopelado que igualaba al suyo, se acercaba algo que parecía un enorme gato. Pero era distinto de las especies domésticas, como él, un siamés, lo era de otros.

Este que veía era casi dos veces más grande, rechoncho y pesado, con un rabo

cortado y patas cubiertas de pelos. La piel era de un gris pálido, con manchas más oscuras. La cabeza difería de la de un gato común sólo porque estaba rodeada por una gorguera de pelos y las orejas terminaban en punta. Lo que vio fue un cara salvaje y cruel y en ella reconoció a un asesino perverso, algo que lo superaría en fuerza, ferocidad y velocidad. Subió todo lo que pudo por el abedul y ahí se aferró. El delgado tronco de ese abedul joven se meció bajo su peso. El lince se detuvo en el centro del sendero, con una de sus pesadas patas levantada, mirando hacia arriba con ojos maliciosos. El siamés aplastó las orejas y escupió venenosamente; después miró a su alrededor, midiendo la distancia para poder escapar. De un salto ágil el lince aterrizó encima del árbol caído y, en otro momento que parecía no tener fin, se puso a mirar fijo, clavándole la mirada. El siamés emitió un salvaje silbido, moviendo la cola de un lado a otro. El lince saltó al abedul, quedando a horcajadas sin ninguna dificultad. Después, hundiendo sus largas garras, empezó a subir el tronco hacia el gato, el cual reculaba todo lo posible y esperaba, oscilando peligrosamente. A medida que se acercaba ese pesado cuerpo, el árbol se inclinaba más. El gato ya no podía hacer nada. El lince estiró al máximo una pata para alcanzar al siamés, desgarrando la corteza. El gato reculó pero el árbol seguía meciéndose con más fuerza hasta que, no pudiendo aferrarse más, cayó. Por suerte el abedul estaba muy inclinado, de modo que la caída no fue desde muy alto. Aun así, dio una vuelta en el aire y aterrizó sobre sus patas; sólo oyó un ruido seco, a pocas yardas de distancia. El árbol, al retroceder, desalojó al lince casi al mismo tiempo; pero éste cayó con más ímpetu y menos agilidad. Por un segundo se quedó donde estaba, ligeramente enroscado. El gato aprovechó ese segundo y partió como una exhalación, corriendo por el estrecho sendero de los ciervos para salvar la vida.

Casi de inmediato oyó que el otro animal se le acercaba por detrás. Era inútil darse vuelta y luchar. Esta vez no se trataba de un oso estúpido a quien se pudiera intimidar, sino un animal tan despiadado y astuto como el propio gato con otros animales más chicos. Inclusive mientras corría debió considerar que la lucha era, asimismo, inútil pues trepó, desesperado, al tronco de otro árbol. Pero los que había allí eran árboles muy tiernos y jóvenes y, por lo tanto, con un tronco muy angosto como para poder trepar. Esta vez el enemigo se mostró más astuto: lo siguió sólo hasta la mitad y después movió el árbol de un lado a otro, decidido a desalojar al gato. La situación era desesperada y el siamés lo sabía. Esperó hasta encontrarse en la parte más baja del arco; luego contrajo los músculos hasta convertirse en un resorte encogido y saltó al suelo. El lince se mostró casi tan rápido como él, pero le erró por un pelo cuando el gato giró violentamente y salió como un proyectil en dirección a una conejera que, por milagro, estaba abierta en la orilla frente a él. Las garras terribles del lince se hallaban tan cerca del gato que arañaban inofensivamente al aire. El gato se metió en la conejera lo más que pudo y se quedó acurrucado, incapaz de

darse vuelta y encarar lo que viniera, pues la madriguera era muy angosta. También su perseguidor se acurrucó y extendió una pata para explorar el agujero. Por suerte el gato se hallaba fuera de su alcance de modo que el lince bajó la cabeza y puso uno de sus malévolos y verdes ojos en el orificio, retirándolo inmediatamente y sacudiendo la cabeza, furioso, al recibir la primera embestida de tierra en plena cara: las patas traseras del gato trabajaban como pistones, arrojando tierra fuera de la conejera.

El lince reculó a fin de calcular su próximo avance. En el claro reinó un silencio absoluto. Todo parecía estar en paz y calma, en contraste con los latidos salvajes que daba el corazón de ese gato atrapado y desesperado.

Sistemáticamente el lince empezó a cavar en torno de la entrada con sus poderosas patas. Tan ocupado estaba que no alcanzó a oír, o a oler, la presencia amortiguada de un chico que se acercaba, vestido con una casaca roja y portando un rifle. El chico había entrado en esa maleza, desde los campos que se extendían más allá. Caminaba suavemente, no porque hubiera visto al lince sino porque andaba en busca de un ciervo. Tanto él como su padre —que se hallaba a media milla— caminaban siguiendo senderos paralelos, con señales preestablecidas. El niño estaba muy contento pues, por primera vez, el padre lo consideró bastante responsable como para acompañarlo con su propio rifle. De pronto el chico vio al enfurecido animal cavando en la tierra y oyó que desde un lugar invisible salía incesantemente tierra que lo cubría. En ese preciso instante el animal levantó la vista y vio al niño. Se acurrucó, rugiendo. En sus ojos no asomaba el menor miedo; sólo había odio. En un segundo debía tomar la decisión de luchar o huir. Y en ese mismo instante el muchacho levantó el rifle, apuntó e hizo fuego, todo en un solo movimiento rápido. El lince dio un salto en el aire y cayó, exhalando un silbido de dolor al golpear la tierra. Las patas delanteras se convulsionaron una vez y un último espasmo recorrió su cuerpo, quedando muerto.

El chico temblaba un poco cuando se acercó al animal tendido en el suelo, sin poder olvidar la mirada malvada y de furia salvaje en esa cara felina que ahora yacía frente a él, con los labios aún encogidos sobre sus blancos y perfectos colmillos. Se quedó parado contemplando esa víctima inesperada, sin poder tocarla, esperando a su padre quien apareció enseguida, jadeando y ansioso, llamándolo mientras corría. Se detuvo, mirando ese cuerpo yacente entre las agujas de los pinos y después a la cara blanca de su hijo.

Dio vuelta al animal y le mostró al chico el pequeño agujero por donde había entrado la bala.

—Justo debajo del esternón —le dijo. Levantó la vista, sonriendo, y el chico sonrió, también, temblando.

El niño volvió a cargar su rifle y ató su pañuelo rojo en una rama, para señalar la entrada del claro, cuando regresaran. Después se fueron juntos, sin dejar de hablar, y

el gato escondido oyó cómo sus voces se perdían a la distancia.

Cuando todo quedó en silencio, salió de su refugio al claro, bañado por el sol, con su pelaje cubierto de tierra arenosa. Sin hacerle el menor caso al cadáver que veía — aunque tuvo que pasarle por encima— se sentó a unas diez yardas de distancia, lavándose tranquilamente la piel desde la punta de la cola hasta la punta de la nariz. Después se estiró, con todo placer y, con un último gesto de desprecio, le dio la espalda al lince y cavó con sus garras traseras, a fin de enviar una postrera lluvia de tierra a la cara del animal. Hecho esto, continuó su camino, sereno y seguro como nunca.

Dos días después encontró a los perros. Había salido de la cima con una colina a un costado del valle, donde un pequeño arroyo serpenteaba entre orillas flanqueadas por alisos. Más allá del valle, claramente visibles entre árboles desnudos en la barranca opuesta, vio dos figuras familiares y queridas: una blanca y la otra dorada. Empezó a mover la cola, preso de entusiasmo. Abrió la boca y emitió un aullido en el que se mezclaban la queja y la decisión. Las dos figuras en la colina opuesta se quedaron como estatuas, escuchando ese sonido increíble que repercutía en el valle, como un eco. El gato saltó a una roca que sobresalía y a medida que repetía su grito, los perros se dieron vuelta, como preguntando qué pasaba, tratando de buscar con la mirada la realidad de esa llamada. Entonces el perro joven se puso a ladrar frenéticamente al reconocer esa voz y bajó a la carrera la ladera y cruzó el arroyo, seguido por el perro viejo. También el gato empezó a correr, saltando como loco mientras descendía la colina y los tres se encontraron en la orilla.

El perro viejo estaba fuera de sí de alegría. No dejaba de lamer al gato y por dos veces lo derribó con sus empujones. Después, llevado por su entusiasmo, comenzó a dar esos círculos intrincados que había hecho con el collie, acercándose cada vez más hasta que, por último, rompió el círculo y se precipitó sobre el gato, el que corrió directamente al tronco de un árbol, se estiró cuan largo era y cayó sobre el lomo del perro que estaba abajo.

Durante todo este juego el otro perro permaneció cerca, moviendo lentamente la cola, feliz y contento, con sus ojos pardos vividos y expresivos hasta que le llegó el turno, cuando el viejo payaso blanco se desplomó, jadeando. Entonces el labrador se subió al gato, que se irguió sobre sus patas traseras, poniendo sus negras patas delanteras en el cuello de ese enorme perro encima de él, rastreándole suavemente la oreja desgarrada.

Hubiera sido imposible encontrar esa noche tres animales más contentos. Se tendieron, enrollados, uno cerca del otro, en un pozo lleno de olorosas agujas de pinos, bajo una vieja y frondosa balsamina, próxima a las orillas del arroyo. El perro viejo tenía a su adorado gato, cálido y ronroneante entre sus patas, y roncó en medio

de una profunda alegría. El perro joven, el líder del grupo, había encontrado otra vez su puesto. Ahora podía continuar el viaje, con el corazón más aliviado.

Capítulo 9

Para ese momento ya habían recorrido más de doscientas millas. El grupo se mantenía entero y unido; pero, de los tres, sólo el gato permanecía indemne. Con todo, el perro viejo seguía marchando feliz y sin quejarse. Únicamente el labrador se hallaba en pobres condiciones: su pelo, otrora hermoso y brillante, era ahora áspero y daba lástima mirarlo; su cara, grotescamente hinchada, contrastaba con su cuerpo magro. El dolor que sentía en su mandíbula infectada casi le imposibilitaba abrir la boca, de modo que se estaba muriendo de hambre. Sus dos compañeros le permitían ser el primero en dar cuenta de cualquier animal nuevo muerto o sangrando, proporcionado por el gato. Sólo se alimentaba de la sangre fresca que pudiera lamer de la osamenta.

Durante el día mantenían una rutina constante. Los dos perros, trotando uno al lado del otro, despreocupados y sin meta fija, parecían dos animalitos domésticos que hubieran salido a dar un paseo.

Y así lo creyó una mañana un capataz, cuando había salido para ver maderas y regresaba a su jeep, estacionado junto a un camino destinado al tránsito de carga en Ironmouth Range. Los tres desaparecieron por un recodo a la distancia; pero el hombre, preocupado en observar árboles, no les prestó atención. Con todo, fue para él una buena sorpresa cuando recordó después, ese día, que por esas inmediaciones no había habitantes en un radio de treinta millas. Le contó la anécdota al capataz mayor, quien estalló en carcajadas y le preguntó si no había visto también a algunos duendes bailando entre los hongos.

Para ese momento resultaba ya inevitable que la desaparición de los animales pasara inadvertida. Empezaron los gritos y las lamentaciones y se tuvo en cuenta hasta el menor indicio que proporcionara una pista. El capataz tuvo oportunidad de devolverle las chanzas al otro hombre cuando, una semana después, quedó demostrado que lo que había visto no había sido un sueño.

En el lago Heron, John Longridge y su hermano hacían planes para su último viaje de la temporada de caza. Y en Inglaterra, la agitada familia Hunter preparaba las valijas para volver a su casa. La señora Oakes estaba atareada en la vieja casa de piedra, limpiando y lustrando, mientras su marido llenaba de leña el sótano.

Pronto todas las cosas volvían al lugar que les pertenecía, como piezas de un rompecabezas que encajaban hasta formar el dibujo final. Y pronto descubrieron que faltaban tres de esas piezas.

Despreocupados soberanamente de toda la conmoción y la preocupación que habían causado, de todas las lágrimas y desazones que habían desencadenado, los tres

ausentes continuaron su viaje.

Ahora la comarca era menos salvaje y, en dos oportunidades, vieron unos solitarios villorrios a la distancia. El perro joven los evitó decididamente, manteniéndose siempre en los bosques y los matorrales, para gran disgusto del perro viejo, que confiaba en la ayuda y el cariño de los seres humanos. Pero el joven era el puntero. Cada vez que el bull terrier veía una columna de humo que salía de una chimenea, él se apartaba.

Una tarde los siguió, durante varias millas, un lobo de los bosques el cual, probablemente, sólo sintió curiosidad por el gato, que no representaba ninguna amenaza. Pero por hambriento que estuviera, jamás correría el riesgo de enfrentar a dos perros.

Sin embargo, como todos los de su especie, el perro joven odiaba y temía a los lobos, con ese instinto ancestral cuyo origen residía en las nieblas del tiempo cuando ambos compartían un antepasado común. Sentíase preocupado y temeroso de esa delgada forma gris que emergía de las malezas cada vez que miraba hacia atrás, mostrándole los dientes.

Incapaz de librarse de esa sombra odiosa y consciente de que el sol se estaba poniendo, irritado y agotado por el dolor, eligió el menor de los dos males: abandonar las malezas e internarse en un pacífico camino de la comarca, con pequeñas granjas separadas a poca distancia. Urgió a sus compañeros para que lo obedecieran, tratando de buscar protección para esa noche en algún granero o espacio abierto cercano a la granja, calculando que el lobo no se aventuraría a ir donde vivieran seres humanos.

Al atardecer llegaron a un pequeño villorrio, un conjunto de casitas construidas en torno de una escuela y una iglesia de madera. Cuando el perro joven pasó por ahí, el terrier se rebeló en el acto. Como de costumbre, estaba hambriento, y la visión de esas casas lo convenció de que lo único sensato para hacer esa noche, a fin de obtener comida, era acercarse a seres humanos. Se le iluminaron los ojos ante esa idea y pasó por alto los gruñidos del perro joven. Bajó el camino prohibido hacia las casas, con sus porcinos cuartos traseros moviéndose en una actitud de desafío y las orejas hacia atrás, en clara manifestación de que no le importaba nada lo que pensara el otro.

El perro joven no ofreció mayor resistencia. Toda la cabeza le palpitaba de dolor, por la infección producida por las púas del puercoespín, y lo que más quería era rascarse, frotar la ardiente mejilla contra el suelo.

El rebelde pasó las primeras casitas, tan incitantes para su alma amante de la comodidad. El humo aún ascendía por el aire nocturno y el tranquilizador perfume y los ruidos de seres humanos estaban por doquier. Se detuvo ante una casita blanca, husmeando, como en éxtasis, el maravilloso aroma de la comida mezclado al humo de leña. Lamiéndose las costillas subió los escalones, levantó una pata y rascó la puerta. Después se sentó, aguzando los oídos.

No quedó defraudado. Un haz de luz cada vez más grande asomó en la puerta de entrada, permitiendo ver a una niña. El perro viejo sonrió de placer, pestañeando ante esa súbita luz. Hay poco que iguale a la sonrisa de un bull terrier, por encantadora que sea, salvo su sorprendente fealdad.

Se produjo un momento de silencio, seguido por un grito de: «¡Papá...!». Entonces la puerta se cerró de golpe, dándole en la cara. Perplejo pero insistente, el perro volvió a rasguñar, inclinando la cabeza a un lado, erguidas sus triangulares orejas y escuchando ruido de pasos en el interior de la casa. Por la ventana asomó una cara. El perro ladró, como para recordar cortésmente su presencia. De pronto la puerta se volvió a abrir y salió un hombre, con un balde de agua en la mano y la cara convulsionada por la rabia. Arrojó todo el contenido a la cabeza del sorprendido perro y agarró una escoba.

—¡Vete de aquí! ¡Fuera! —gritó el hombre, blandiendo la escoba de manera tan amenazadora que el terrier metió la cola entre las piernas y huyó, empapado e infeliz, hacia sus compañeros que lo aguardaban. No tenía miedo; sólo se sentía profundamente ofendido. Jamás en su vida los seres humanos habían reaccionado de esa manera ante sus amistosos avances. En los viejos tiempos había conocido una furia justificada y esperada cuando aterrorizaba a los animales domésticos. Inclusive había oído carcajadas y hasta cierto nerviosismo. Pero nunca una recepción tan cruda e incivilizada como ésa.

A dos millas de distancia, por el camino, encontraron un sendero para carretas, que conducía a una granja. Cruzaron los campos oscuros, asustando a un viejo caballo blanco y unas vacas, que se dirigían a unos edificios agrupados a cierta distancia de la casa principal de la granja. Una fina voluta de humo salía de la chimenea de uno de esos edificios. Era un humo casero, en un lugar donde estaban ahumando jamones sobre un fuego lento de leños de nogal. Reunidos junto al débil calor en la base de la chimenea, se instalaron para pasar la noche.

El perro joven tuvo una noche intranquila. Las llagas en la cara se le habían extendido de tanto rascarse, convirtiéndose en parches de carne cruda e inflamada en las glándulas a cada lado del cuello. Y la fiebre en aumento, causada por la infección, lo hacía sentirse sediento. Varias veces abandonó a sus compañeros para ir a beber a un pequeño lago, a corta distancia, hundiéndose hasta el pecho en esa agua fresca y reconfortante.

Cuando el perro viejo se despertó, temblando de frío, se encontró solo. El gato estaba un poco lejos, de panza, y moviendo animadamente la cola, acechando su desayuno. Por el aire matutino se filtraba el olor familiar del humo y de algo que se estaba cocinando... tentándolos irresistiblemente.

La niebla se retiraba del valle, y un pálido sol iluminaba el cielo cuando el perro viejo pasó por una hilera de pinos de Noruega que cortaban el viento y se sentó ante

la puerta de la casa. Su memoria era corta; los seres humanos ocupaban ya sus pedestales, con cornucopias de comida para perros en las manos. El animal lloriqueó de pena. Al segundo emitió un gemido más fuerte y aparecieron varios gatos desde el granero vecino que lo miraron con resentimiento, con sus ojos de tigres. En cualquier otro momento los hubiera desafiado al instante; pero ahora tenía asuntos más urgentes que hacer y los pasó por alto. La puerta se abrió de par en par y un maravilloso aroma de tocino y huevos salió por ella. El terrier puso en acción toda la artillería de su encanto: moviendo graciosamente la cola, echó atrás las orejas y arrugó la nariz, como preparando su triunfal mirada socarrona. Se produjo un silencio de sorpresa, interrumpido por la voz profunda y divertida de un hombre.

—¡Vaya! —exclamó esa voz, midiendo a su extraño visitante, cuyos ojos se habían contraído de tal forma que casi habían desaparecido. Llamó al interior de la casa y le respondió una cálida y agradable voz de mujer. Se oyó un ruido de pasos. La cola del perro se movió aceleradamente.

La mujer se quedó de pie un momento en el umbral, mirando, silenciosa y sorprendida, esa gárgola blanca en el escalón. Cuando el perro vio que en esa cara asomaba una sonrisa que sobrepasaba a la del amo, estiró una pata, en una actitud de cortesía. La mujer se agachó y no pudo menos que reírse, cuando se la estrechó. Después lo invitó a entrar en la casa.

Lleno de dignidad, el perro entró y miró la estufa con imperturbable confianza.

Esta vez tuvo suerte pues resultaba imposible encontrar gente más amable, o que mejor recibiera, en muchas casas a millas a la redonda. Se trataba de un matrimonio mayor, James Mackenzie y su esposa Nell, que vivían solos en una enorme casa con granja, la cual conservaba aún la atmósfera de la familia grande y alegre que ahí había vivido, reído y crecido. Esa familia había estado muy acostumbrada a los perros pues, en una época, tuvieron ocho hijos y una serie de animalitos domésticos que habían iniciado su vida adoptiva en el patio exterior aunque, invariablemente, encontraban medios para meterse en la casa por los pretextos más disparatados de los chicos: perros mestizos mal comprendidos, gatos huérfanos y cachorros de nutria tristes y perdidos. El tierno corazón de Nell era, entonces, tan indefenso como en este momento.

Le dio a su visitante un tazón de restos de comida, que el perro devoró ávidamente, levantando la vista para pedir más.

—¡Vaya, se está muriendo de hambre! —exclamó la señora, horrorizada y contribuyó con su propio desayuno. Lo mimó y acarició, aceptándolo como si los años hubieran retrocedido y uno de sus hijos hubiera llevado a la casa otro animalito medio muerto de hambre. En resumen, que el perro se ganó su cariño y vació el tazón casi antes de que tocara el suelo. Sin decir una palabra, el señor Mackenzie le pasó su plato. Pronto desapareció la tostada y una jarra de leche. Por último, distendido y

feliz, el perro viejo se acostó en una esterilla junto al calor de la estufa mientras Nell preparaba otro desayuno.

—¿Quién es? —preguntó la mujer, al rato—. Nunca he visto nada tan amante del hogar... parece que lo hubieran metido en una piel equivocada.

—Es un bull terrier inglés —le dijo su marido—. Y una belleza... un verdadero púgil viejo. ¡Me encantan! Da la impresión de haber estado en una pelea hace poco. Con todo, ha de tener por lo menos diez u once años.

Y ante ese respeto y admiración, tan caros al corazón de un bull terrier —pero que raras veces oía— golpeó la cola en el piso, contento, luego se levantó y colocó su huesuda cabeza en las rodillas de su anfitrión, quien lo miró, ahogando una risita, estudiándolo y diciéndole:

—Engreído como el diablo y tan irresistible como él, ¿no? Pero ¿qué vamos a hacer contigo?

Nell le pasó una mano por el hombro y palpó las cicatrices. Después las examinó más de cerca. Levantó la vista, perpleja.

—No son de una lucha entre perros —dijo—. Son señales de *garras* como las que dejan los osos sobre madera fresca..., sólo que más chicas.

Los dos miraron en silencio al perro que estaba a sus pies, tratando de digerir lo acontecido: la desconocida historia que había detrás de esas siniestras cicatrices. Y, por primera vez, vieron las sombras que se acumulaban en las profundidades de esos ojitos humorísticos, el cuello demasiado delgado que avergonzaba a ese vientre distendido por haber comido tanto momentos antes y la infatigable cola que con tanta felicidad golpeaba el suelo, raída y vieja, con la punta quebrada. No era un perro intrépido ni un aventurero agresivo: era un viejo perro cansado, hambriento no sólo de comida sino de afecto. No había la menor duda de lo que harían: lo conservarían, si quería quedarse, y le darían lo que necesitara.

Infructuosamente buscaron debajo de su pelaje blanco y en sus rosadas orejas alguna marca identificadora. Después decidieron que cuando Mackenzie fuera a Deepwater ese día a buscar nuevas mantequeras, haría algunas averiguaciones, le avisaría a la Policía Provincial y posiblemente insertara un aviso en algún diario de la ciudad. Y, si después de todo eso, no obtenían respuesta alguna...

—Sospecho que te vas a quedar aquí siempre, mi viejo vagabundo —le dijo Mackenzie al perro, encantado, dándole un pequeño empujón con el pie para que rodara de espalda. El animal dio un suspiro de felicidad y atrajo más la atención sobre sus patas delanteras.

Cuando esa mañana Mackenzie abrió la puerta vio una bandada de patos silvestres que se dirigía a un pequeño lago alimentado por un arroyo que pasaba por la granja. Aún era demasiado temprano para ir a ver si seguían ahí, de modo que se puso un puñado de cartuchos en el bolsillo, retiró una vieja escopeta de la pared y

salió, dejando a Nell dando vueltas y pasando por encima de la forma blanca de su huésped, acostada en el piso, mientras levantaba la mesa. La mujer no dejó de notar, por el rabillo del ojo, que el perro la seguía con la mirada en todos sus movimientos.

A mitad de camino por esos campos aún cubiertos de niebla, el hombre se detuvo para cargar la escopeta. Después caminó cautamente hasta el refugio que ofrecían unos alisos al borde del laguito. Atisbando entre las ramas, vio seis patos silvestres del otro lado, fuera de su alcance. Dada la dirección del viento tal vez debería esperar todo el día para disparar un tiro, a menos que algo los asustara en el otro lado.

No bien se apartó un poco, vio que algo se movía entre los juncos de enfrente. Simultáneamente, chillando fuerte y alarmados, los patos se alejaron al unísono. El hombre hizo fuego dos veces. Uno de los patos cayó al agua como una plomada y el otro aterrizó de golpe en la orilla. Mackenzie recogió a éste, pensando que debería ir en busca de su canoa para el otro, cuando vio, con gran asombro, la gran cabeza de un perro que nadaba en dirección a este último.

El ruido de un tiro y el chapaleo del pato tuvieron el mismo efecto en el labrador que la llamada de una trompeta para un viejo caballo de guerra. Para él fue algo irresistible. Sin vacilar un segundo se zambulló para cobrar la pieza; pero se encontró con que no podía abrir la boca para poder tomar debidamente ese pesado pato, por lo que se vio obligado a remolcarlo hasta la orilla por la punta de un ala. El ave emergió a unos veinte pies del hombre, con su bella cabeza verde sobresaliendo de su ala estirada y el sol dándole de plano en su plumaje iridiscente. El labrador miró, dubitativo, a ese extraño y Mackenzie se quedó mirándolo con la boca abierta de asombro. Por un momento los dos se quedaron inmóviles como figuras en un cuadro hasta que el hombre volvió en sí.

—¡Magnífico perro! —exclamó, extendiendo una mano—. ¡Bravo! Ahora tráemelo.

El perro avanzó, vacilante, arrastrando al pato.

—¡Dámelo! —le ordenó Mackenzie, mientras el labrador seguía vacilando.

El perro avanzó lentamente, entregó su presa y Mackenzie comprobó, con horror, que tenía hinchado un lado de la cara, con la piel tan estirada que sus ojos eran apenas unas ranuras y un labio levantado rígidamente sobre los dientes. Sobresaliendo como alfileres en un alfilerero, el perro tenía varias púas de puercoespín en una almohadilla de carne cruda, profundamente hundidas. A través de su piel mojada se le notaban las costillas y cuando se sacudió, Mackenzie vio que tambaleaba.

Inmediatamente tomó una decisión. Fuera de quien fuera, el animal necesitaba un tratamiento urgente. Había que extraer las púas antes de que se extendiera la infección. Recogió los patos, palmeó al perro para tranquilizarlo y le ordenó que corriera. Para su tranquilidad, el animal obedeció, siguiéndole de vuelta a la casa. Su

resistencia estaba tan debilitada que lo único que ansiaba era volver al mundo ordenado de los seres humanos, ese mundo sólido donde los hombres mandaban y los perros obedecían.

Cruzando los campos y con el animal trotando a sus talones, Mackenzie recordó de pronto al otro perro y arrugó el entrecejo, perplejo. ¿Cuántos perros en busca de socorro llevaría ese día a la cocina de su casa? ¿Un perro de aguas lisiado esa tarde, un sabueso por la noche?

La larga sombra matutina que proyectaba cayó sobre la pila de leña donde estaba acostado, durmiendo, el siamés, cuya inmovilidad no delataba su presencia; pero el perro lo reconoció, haciendo un breve movimiento con la cola y la cabeza.

Una hora después Mackenzie terminó de lavarle la cara al labrador. Le sacó las púas con un par de tenazas. En una oportunidad tuvo que trabajar dentro de la boca, si bien el perro no gruñó una sola vez. Se limitó a lloriquear cuando el dolor fue más intenso y, cuando su nuevo amo adoptivo terminó su operación, le demostró su gratitud lamiéndole las manos. El alivio debió ser maravilloso pues las pinchaduras empezaron a drenar y la hinchazón estaba cediendo.

Durante toda la operación la puerta de la cocina que daba a un cuarto trasero chirriaba cada vez que el animal exhalaba su doloroso gemido. El perro viejo seguía paso a paso el trabajo que estaba realizando Mackenzie, adelantando una pata y, evidentemente, preocupado por si le estaban causando algún daño a su compañero. Por último, Nell lo tentó con un hueso y el perro salió, tras lo cual cerró la puerta en sus narices.

Ahora, sospechando profundamente de algún juego sucio, arremetía contra la puerta con todo su peso. Pero no lo dejaron entrar hasta que el otro perro terminó de tomar un tazón de leche. Mackenzie se fue a lavar las manos y la señora oyó cómo el otro perro corría de un lado a otro y los golpes que daba hasta que no pudo soportar más, segura de que se causaría daño. Abrió la puerta y el perro viejo salió como una exhalación, listo a dar batalla en favor de su amigo. Pero se detuvo de golpe, con una expresión de perplejidad en la cara cuando lo vio lamiendo pacíficamente un tazón de leche. Al rato los dos se sentaron junto a la puerta. El perro joven aguantó con paciencia las demostraciones de afecto del amigo.

Resultaba evidente, por las muestras de reconocimiento y devoción que se tributaban, que ambos provenían de la misma casa, una casa que no merecía tenerlos —como dijo Nell, furiosa—, al ver la desastrosa condición del otro perro. Pero Mackenzie le señaló que debieron haber conocido el cariño y la atención dado que los dos tenían tan amistosas predisposiciones. Aunque esta observación hizo que resultara más difícil entender por qué los dos habían estado vagabundeando por esa comarca solitaria y olvidada de Dios. Tal vez había muerto el amo y habían huido juntos. O quizá se habían perdido al salir de un auto que viajaba por ahí y trataban de

regresar a su propio territorio. Las posibilidades eran infinitas. Una sola cosa era segura: que hacía tiempo que andaban por los caminos, como lo demostraban las cicatrices que debían curar y las púas que se le habían metido a uno en la boca. Debieron andar el tiempo suficiente como saber qué era morir de hambre.

—Por lo tanto, deben de venir de algún lugar a centenares de millas o más, de aquí —dijo el señor Mackenzie—. Inclusive desde Manitoba. Me pregunto de qué vivieron durante todo ese tiempo.

—¿De la caza? ¿De pedir comida en otras granjas? Quizá de robar —sugirió Nell quien había visto, por el espejo de la cocina esa mañana, cómo el visitante sacaba una lonja de tocino de una fuente después del desayuno, creyendo que ella no lo veía.

—En ese caso lo que obtuvieron debió de ser muy poco —agregó el marido, pensativo—. El labrador parece un esqueleto. No debió de haber conseguido mucho. Los voy a encerrar en el establo cuando me vaya a Deepwater. No queremos que salgan otra vez a vagabundear. Ahora bien, Nell, ¿estás segura de que quieres tener a estos dos perros extraños? Va a pasar mucho tiempo antes de que puedan dar con ellos. Quizá no los encuentren nunca.

—Los quiero —respondió la mujer, con toda sencillez—. Todo el tiempo que quieran quedarse. Mientras tanto, debemos encontrar algo para llamarlos que no sea «¡Hola!» o «Magnífico perro». Pensaré en algo mientras estés lejos y llevaré más leche al establo por la mañana.

Desde su soleado puesto de observación en la pila de leña, el gato había visto a Mackenzie cruzar el patio y llevar a los dos perros hacia el establo, ese lugar cálido y que olía bien, y luego cerrarla puerta al irse. Poco después oyó ruidos en el camino que bajaba de la granja hasta que volvió a reinar el silencio. Unos gatos curiosos se atrevieron a acercarse a la pila de leña, resentidos con ese exótico forastero que se había apoderado de su lugar favorito al sol. Al forastero no le gustaban otros gatos, ni siquiera los de su propia raza, y menos los gatos de granjas. Los observó ominosamente, meditando en la estrategia a seguir. Tras dos o tres escaramuzas bien ejecutadas, la banda se dispersó y el pirata de antifaz negro volvió a su lugar para dormir.

Al promediar la mañana se despertó, se estiró y bajó de un salto, mirando con cautela a su alrededor antes de dirigirse a la puerta del establo. Gimió lastimosamente y, como respuesta, oyó un rumor de paja en el interior. Se encogió un poco y, sin el menor esfuerzo, dio un salto hacia el pasador de la puerta. Pero no fue lo suficientemente rápido al ejecutar esa operación porque el pasador quedó corrido. Enojado por esa frustración a la que no estaba acostumbrado, volvió a saltar, esta vez procurando acertar. En el mismo segundo, casi con el mismo ímpetu con que dio el salto, una pata se enroscó en el asa de madera, sosteniendo su peso, mientras que con la otra aflojaba el pasador de arriba y la puerta se abrió. Ronroneando de placer,

entró, padeciendo una tumultuosa bienvenida por parte de su viejo amigo antes de investigar el tazón vacío. Decepcionado, salió del establo al patio soleado, seguido por los dos perros, desapareciendo en el gallinero. Varias aves, furiosas, empezaron a gritar cuando lo vieron dirigirse a los nidos. Curvando sus patas con pericia en un tibio huevo marrón, lo sostuvo con firmeza y lo quebró con su largo diente incisivo. El contenido se derramó intacto en la paja. Durante largos años de práctica en robar huevos había llevado su arte a la perfección. Se lamió de felicidad y se sirvió otros dos más antes de volver a la pila de leña.

Cuando, por la tarde, Mackenzie entró en el patio de la granja, quedóse sorprendido al ver los dos perros durmiendo al sol, junto al refugio de un abrevadero para ganado. No bien lo vieron se pararon al borde del camino, moviendo la cola, mientras el hombre descargaba, y después lo siguieron, entrando en la casa.

—¿Los dejaste salir del establo, Nell? —le preguntó a su mujer, abriendo un paquete sobre la mesa de la cocina y arrojando un hueso carnoso a la boca que, como la de un tiburón, se abría detrás de él.

—Por supuesto que no —respondió la señora, sorprendida—. Les llevé leche, pero recuerdo haber tenido mucho cuidado en cerrar la puerta,

—Tal vez el pasador no estaba bien corrido —agregó Mackenzie—. De cualquier manera, aquí están. La cara del labrador ha mejorado mucho. Esta noche podrá comer una comida decente. Así lo espero. Me gustaría que en esos huesos hubiera un poco más de carne.

Nada se sabía de los fugitivos en Deepwater, informó el señor Mackenzie, aunque seguramente provendrían del este pues un criador de visones de Archer Creek le dijo que había echado a un perro blanco del umbral de su casa la noche anterior, tomándolo por algún perro mestizo blanco de la localidad, conocido por sus modos de robar. La mayoría de los hombres suponían que el labrador se había perdido durante una cacería, aunque ninguno sabía de ese improbable bull terrier que lo acompañaba. El agente indio se ofreció para recibir al labrador si nadie lo reclamaba porque su perro de caza había muerto hacía poco.

—¡Claro que no lo va a tener! —lo interrumpió Nell, indignada.

—De acuerdo —le dijo su marido, riéndose—. Le dije que jamás nos separaríamos de él y, por supuesto, lo vamos a tener todo lo que podamos. No me gustaría pensar en que uno de nuestros perros corriera perdido en esta época del año. Pero te advierto, Nell, que si se están dirigiendo a algún lugar con un deliberado propósito, no habrá nada en la tierra que los retenga aquí... aunque se estén cayendo de cansancio su instinto los hará seguir. Le único que podemos hacer es mantenerlos encerrados un tiempo y alimentarlos. Entonces, si se van, al menos los habremos puesto en condiciones.

Esa noche, después de cenar, los Mackenzie y sus huéspedes se trasladaron al cuartito trasero, un sitio acogedor y agradable, con libros para niños en los estantes, trofeos deslustrados y fotografías, mientras que zapatos para la nieve, peces disecados y dibujos de nietos se alineaban uno tras otro en las paredes, junto con cintas de premios, pedigree y un tomahawk. Mackenzie se sentó a la mesa, aspirando pacíficamente su pipa y trabajando minuciosamente en el aparejo de una goleta, mientras su mujer leía en voz alta *Tres hombres en un bote*. El repleto y satisfecho labrador había comido hasta saciarse esa noche, limpiando tazones de leche fresca y platos de comida con un apetito sin fondo. Ahora estaba tendido cuan largo era bajo la mesa, durmiendo profundamente, exhausto y protegido, y el terrier roncaba suavemente hundido en un sofá de cuero, con la cabeza sobre un almohadón y las cuatro patas al aire.

El único disturbio de esa noche fue producido por el ruido de una tremenda batalla gatuna en el patio. Los dos perros se irguieron de inmediato y, para asombro del matrimonio que los miraba, movieron las colas al unísono, mostrando la misma expresión de placer e interés.

Más tarde acompañaron al señor Mackenzie hasta el establo, donde el hombre apiló un poco de heno en un pesebre, llenó un tazón con agua y luego cerró firmemente la puerta al salir, satisfecho al comprobar que el pasador estaba corrido bien y que así quedaría aunque se sacudiera la puerta. Poco después se apagaron las luces de abajo en la casa y al rato las del dormitorio de arriba.

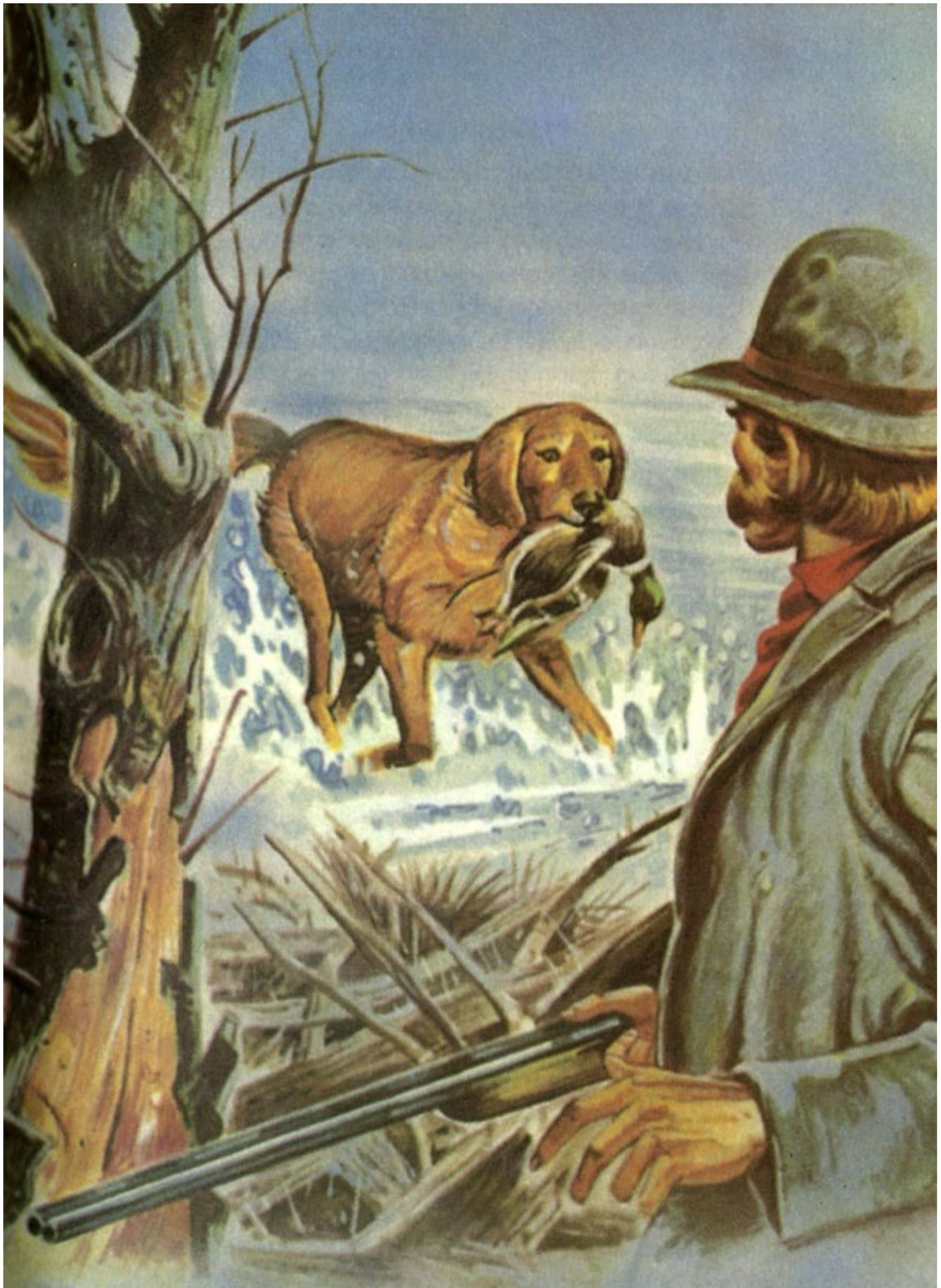
Los perros se quedaron tranquilos en la oscuridad, esperando. Muy pronto se oyeron unos rasguños en la madera, el pasador crujió y la puerta se abrió una fracción, lo suficiente como para que pasara el flexible cuerpo del gato, el cual ambuló un trecho y amontonó un poco de heno, ronroneando, antes de hacerse una pelota ante el pecho del perro viejo. Se oyeron unos suspiros de alegría y después el silencio reinó en el establo.

Cuando el perro joven se despertó en esa hora fría que precede al alba, sólo algunas estrellas pálidas y rezagadas quedaban en el cielo para transmitirle el mensaje que ya sabía: había llegado el momento de irse. El tiempo apremiaba para llegar al oeste.

El gato, estirándose y bostezando, se reunió con él en la puerta del establo. Después el perro viejo, temblando por el frío viento del amanecer. Y durante unos minutos los tres se quedaron inmóviles, escuchando y mirando a través de la oscuridad en el patio de la granja, donde ya se oían los débiles movimientos de los animales. Era hora de irse; aún quedaban muchas millas por recorrer antes de la primera parada al calor del sol. Silenciosamente cruzaron el patio y se internaron por los campos que daban a las oscuras y compactas sombras de los árboles en el ángulo

más lejano, dejando tres señales distintas de sus patas en la escarcha que cubría el campo. Y en el momento en que doblaban por un camino de ciervos que conducía al oeste a través de la maleza, una luz asomó en la parte de arriba de la casa en la granja...

Frente a ellos quedaban las últimas cincuenta millas del viaje. Les vino bien haber comido y descansado. La mayor parte del recorrido faltante cruzaba la Strellon Game Reserve, una comarca más desolada y áspera que cualquier otra anterior. Las noches serían heladas y el viaje peligroso y agotador. No recibirían ninguna ayuda humana. Y, lo peor de todo, el puntero que los dirigía estaba débil e incapacitado.



El perro avanzó, vacilante, arrastrando al pato. —¡Dámelo!— le ordenó Mackenzie, mientras el Labrador seguía vacilando.

Capítulo 10

Las piezas del rompecabezas se iban ajustando poco a poco y la figura general tomaba forma. Al este de Canadá un transatlántico remontaba el río San Lorenzo. Las cumbres de Quebec iban quedando atrás mientras la nave se dirigía a Montreal. Apoyados en la barandilla de la cubierta superior se hallaban los Hunter, que regresaban después de su larga estadía en Inglaterra.

Los dos chicos, Peter y Elizabeth, estaban sumamente entusiasmados y casi no quisieron abandonar la cubierta no bien entraron en el Golfo. Desde que se despertaron temprano esa mañana, no hacían más que contar las horas que les faltaban para llegar a su casa. Sintieron una gran alegría al ver de nuevo a su patria, enorme era el gozo que experimentaban pensando que pronto verían a sus amigos, su casa y sus pertenencias. Y, por encima de todo, a sus animales domésticos. Elizabeth no hacía más que figurarse cómo sería el primer encuentro con ellos pues estaba segura de que Tao no la habría olvidado. Le había comprado, como regalo, un collar de cuero rojo.

Peter no se sentía menos feliz y no dudaba de cómo sería reunirse con ellos. No bien fue lo suficientemente mayorcito para pensar en todo lo que había conocido, estaba seguro de que Bodger le pertenecía y que siempre estaría allá, lo mismo que él le pertenecía al bull terrier, por lo que su regreso a la casa sería todo el regalo que el perro necesitaba.

Y el padre, al ver los infinitos patos salvajes con cabeza en forma de saeta en ese amanecer canadiense, comprendió que pronto, tanto él como el ávido Luath, se encontrarían otra vez en los pantanos del Delta y en los campos llenos de rastrojos que se hallaban al oeste.

A mil millas al oeste del transatlántico, John Longridge se —hallaba sentado ante su escritorio, con una carta de su ahijada en la mano y una expresión de desilusión en el rostro al hallarse solo en esa casa vacía, a la que había llegado poco tiempo antes. Leyó los entusiasmados planes que Elizabeth había hecho cuando se reuniera con Tao — y, por supuesto, con los perros —con una profunda pena en su corazón. Después dejó la carta sobre el escritorio, sin terminar de leerla, y su desesperación aumentó al ver el calendario: si los Hunter tomaban un avión temprano estarían en su casa a la noche siguiente. En el término de veinticuatro horas debía darles esa triste noticia: los animalitos habían desaparecido. Y él no tenía la menor idea de adonde habían ido o qué les habría ocurrido.

También la señora Oakes estaba desesperada. Entre los dos habían reconstruido la nota calcinada que había dejado él y toda la confusión consiguiente, causa de que los

tres animales desesperados huyeran sin dejar huellas, y con sentido del tiempo perfecto. Era esta perfección lo que convenció a Longridge de que los animales a su cargo no habían huido. De haberse sentido descontentos con él podrían haberse escapado mucho antes.

Longridge ya había pasado revista a todas las posibles catástrofes que podría haberles ocurrido: morir en el camino o envenenados, haber caído en una trampa o haber sido robados o perecer en algún pozo fuera de uso. Pero ni con su más fértil imaginación podía aceptar que uno solo de estos accidentes pudiera acabar con tres animales de temperamentos tan distintos. Tampoco podía comprender cómo un trío tan especial pasara inadvertido en esa pequeña comunidad. Había hablado con algunos amigos de Bodger en la escuela y ningún niño perspicaz y observador los había visto esa última mañana, ni tampoco a ningún auto extraño. En resumen, nadie había visto nada que saliera de lo común. Y Longridge sabía que el área comprendida por esa escuela rural era inmensa. Tampoco pudo suministrar informe alguno la vasta red de la Policía Provincial.

De modo que debía ofrecer a los Hunter, al día siguiente, algo más concreto. Si no una esperanza, al menos una solución final.

Se apretó su dolorida cabeza con las manos y se obligó a poner en orden, racionalmente, sus ideas. Los animales no desaparecían en el aire. Por lo tanto tenía que haber alguna explicación racional por su desaparición, alguna pista tan evidente y sencilla como el esquema diario de sus vidas. Muchos recuerdos se agitaban medio sepultados en su mente pero no podía identificarlos.

Estaba anocheciendo y encendió una lámpara y la chimenea. El silencio en la habitación era oprimente. Cuando acercó un fósforo a los leños y vio surgir las llamas pensó en la última vez que se sentara allí. Vio un par de soñadores ojos color zafiro encajados en una máscara de orgullo, ocupando su poltrona con todo placer y extendiendo su blanco cuerpo. Y volvió la mirada hacia ese sombrío rincón donde estuviera, escuchando, aquel fantasma...

Nuevamente lo distrajo ese recuerdo semisumergido: los ojos de Luath... la diferencia en el esquema de su conducta... cómo se comportó en aquella última mañana, el gesto de su patita inesperada... Rápidamente comprendió todo, al final.

Se abrió la puerta y se dio vuelta hacia la señora Oakes, diciéndole, lentamente:

—Ya lo sé... sé adonde se han ido. Luath los ha llevado de su vuelta a su casa... se llevó a todos a su antiguo hogar.

La mujer lo miró incrédula un momento y después, en un estallido súbito, le contestó:

—¡No! ¡No pueden haber hecho eso! ¡Es imposible! Debe de haber por lo menos trescientas millas de distancia. Y alguien tuvo que verlos... alguien nos lo hubiera dicho. —Se calló, desolada, al recordar que ninguno de los perros llevaba puesto un

collar. El terrier no tenía señales de identificación, tampoco, porque había sido registrado en Inglaterra.

—No creo que hayan ido por donde pudieran verlos —agregó Longridge—. Viajando por instinto deben de haber ido hacia el oeste por el camino más directo... han cruzado en línea recta la comarca, por encima de Ironmouth Range.

—¿Por encima de Ironmouth Range? —repitió, horrorizada, la señora Oakes—. En ese caso, si usted tiene razón no hay la menor esperanza —comentó, lisa y llanamente—. Por ahí hay osos, lobos y toda clase de cosas. Y si no comieron el primer día, deben de haberse muerto de hambre.

La señora estaba tan asustada y desesperada que Longridge sugirió que, quizá, existía la posibilidad de haberse hecho amigos de algún cateador de minas remoto o algún cazador. No sería nada extraño que, tal vez, en este mismo momento, alguno de ellos esté en busca de un teléfono...

Pero la señora Oakes no se consolaba.

—No nos engañemos más, señor Longridge. Me atrevería a decir que un perro joven podría cruzar esa zona. Y hasta posiblemente un gato, pues no hay nada como un gato para cuidarse solo. Pero usted sabe tan bien como yo que el viejo Bodger no podría durar diez millas. Si hasta se cansaba cuando lo llevaba a casa de mi hermana y volvíamos... ¡Ah, ya sé que yo tengo gran parte de la culpa por eso...! —admitió, acongojada, captando la mirada de Longridge—. Pero así es la cosa. Ningún perro viejo podría andar por un yermo y sobrevivir más de un par de días.

Sus palabras cayeron en el silencio y los dos miraron hacia afuera, hacia la ominosa oscuridad.

—Tiene usted razón, señora —dijo el señor Longridge, al final—. No nos queda más remedio que hacer frente a la situación: es casi seguro que el perro viejo haya muerto. Al fin y al cabo, ya han pasado unas cuatro semanas. Y tampoco apostaría mucho por Tao, si somos honestos. Los siameses no aguantan el frío. Pero si se fueron a su casa, existe la posibilidad, al menos, de que un perro tan fuerte como Luath haya llegado allá.

—¡Luath! —exclamó la señora Oakes, apesadumbrada—. ¡Mire que llevar a ese viejo y suave cordero a la muerte! ¡Y seguro que ese gato fuera de lo común lo incitó! No es que yo haya tenido favoritos, pero...

La puerta se cerró y Longridge comprendió que, detrás de ella, la señora lloraba por los tres.

En ese momento Longridge se convenció de que lo mejor era ponerse a trabajar sin pérdida de tiempo.

Llamó al jefe de Tierras y Bosques y recibió la seguridad de que pasaría el aviso a todo el departamento y se comunicaría con todos los guardianes y guardabosques al día siguiente.

El jefe le sugirió que llamara a un piloto local, que volaba por las partes más remotas de los matorrales y conocía a la mayoría de los guías indios.

El piloto había salido de viaje y no volvería hasta el día siguiente; su mujer le sugirió ponerse en contacto con el jefe de página de la sección rural del periódico local.

El director de esa sección aún no había regresado pues había salido para cubrir una nota pero su madre le dijo que el equipo encargado del mantenimiento de las máquinas, hidroeléctricas abarcaba una amplia zona de la comarca.

El superintendente le explicó que podría ponerse en contacto con los miembros del equipo por la mañana y le sugirió hablar con la supervisora del teléfono rural, que cubría la información en varias millas a la redonda.

Todos se mostraron comprensivos y dispuestos a ayudar, pero no adelantó mucho. Decidió postergar la probable frustración de oír que la supervisora no estaría de vuelta, después de visitar a su sobrina, hasta el día siguiente, o que una tormenta había arrasado con todas las líneas telefónicas rurales. Por lo tanto, decidió conseguir un mapa de la zona.

Encontró uno en gran escala y después trazó una línea que conectaba su pueblito con la ciudad universitaria donde vivían los Hunter, anotando los nombres de los lugares por donde pasaba la línea. Para su consternación descubrió que había muy pocos nombres. La raya trazada por él pasaba, en su mayor parte, por regiones deshabitadas de lagos y colinas. Las últimas cuarenta o cincuenta millas parecían particularmente siniestras y olvidadas de la mano de Dios. La mayoría se hallaba en la Reserva de Strellon Game. Cada vez se sintió más desesperanzado y desanimado, lamentando su ofrecimiento de tener a su cargo a los animales. Si se hubiera callado y ocupado de sus asuntos, aún estarían vivos. Pues ahora estaba convencido, después de mirar el mapa, de que el destino inevitable de los mismos había sido la muerte a la intemperie, por agotamiento y hambre.

Y al día siguiente volvían los Hunter...

Afligido levantó el tubo del teléfono y preguntó por la supervisora rural.

Esa noche, tarde, sonó el teléfono. La operadora de Lintola —Longridge le echó un vistazo al mapa y vio que quedaba a muchas millas de su línea— tenía información: la maestra del colegio había dicho que la niña Nurmi había salvado a un gato siamés, medio ahogado, del desbordado río Keg, unas dos semanas antes, pero que el animalito había vuelto a desaparecer días después. Si el señor Longridge quería llamar a Lintola 29 al mediodía, ella trataría de que la niña estuviera ahí para que pudieran hablar. Además, tenía otra información que ofrecía por lo que valiera: el viejo Jeremy Aubyn, que vivía en la mina de Doranda, había hablado de unos «visitantes» cuando se apareció esa mañana a recoger su correspondencia mensual, mientras todo el mundo sabía que el último visitante que había recorrido las doce

millas por los pastizales era su hermano, muerto tres años antes. ¡Pobre hombre! Lo único que dedujo Longridge fue que toda esa gente era «encantadora». El viejo señor Aubyn había vivido tanto tiempo con animales salvajes por única compañía que posiblemente estuviera confundido, agregó la supervisora, delicadamente.

Longridge le quedó cordialmente agradecido y colgó el tubo, levantando el mapa. Descartó la información acerca del recluso que vivían en la mina de Doranda —el cual, quizá, había encontrado a algunos catadores de minas o indios— y concentró su atención en Lintola. Al parecer, él había tenido razón: los animales se dirigían a su casa. Dos semanas antes —se dijo, perplejo— el gato estaba vivo y, de acuerdo con el mapa, debió de haber recorrido más de un centenar de millas. ¿Pero qué les había pasado a los otros dos? ¿Debía encarar ahora la posibilidad de que Luath, también, hubiera muerto? Tal vez ahogado, como seguramente le habría ocurrido al gato de no haber sido por esa niña...

Despierto en la oscuridad de la noche, incapaz de dormir, pensaba que daría cualquier cosa con tal de sentir el pesado golpe en la cama que solía anunciar la llegada del perro viejo. ¡Con cuánto desamor e intolerancia había reaccionado a menudo, al despertarse por los empujones que le daba su indeseable y egoísta compañero de cama!

«Esta noche —reflexionó irónicamente— le daría la cama entera. Hasta sería capaz de dormir yo en la canasta, con tal de que volviera.»

Capítulo 11

Las horas que Longridge pasó telefoneando la noche que regresó tuvieron su resultado. Y a la semana siguiente, él y los Hunter pasaron pacientemente muchas horas rastreando alguna evidencia que, a veces, aparecía tan compleja y confusa que resultaba inútil. Y, otras, tan casual que parecía difícil creerla. A veces hasta llegaron a sentirse cansados porque cualquier hombre, mujer o criatura que había visto un gato o un perro en los últimos cinco años, andando por el camino, los llamaba para decírselos. Pero, en general, todos se mostraron extraordinariamente amables y con ganas de ayudar y recibieron pruebas de que algunos los habían visto genuinamente. Una vez evaluados los resultados, llegaron a la conclusión de que la sospecha original de Longridge respecto a la línea que él había trazado para ese viaje, era la que habían seguido los perros (del gato no se pudo saber más) y que la misma conducía directamente al oeste, por lo que las sospechas de él habían sido ciertas.

El hermano de uno de los guías indios del piloto había encontrado recientemente a un primo que volvía de la cosecha del arroz y que le había contado una historia disparatada de un gato y un perro que surgieron de pronto en medio de la noche, produciendo un hechizo tan benéfico que la cosecha se multiplicó; y la niña llamada Helvi Nurmi, con voz angustiada y llorosa, había descrito en detalle al hermoso gato siamés que había permanecido muy poco tiempo con ella. En algún lugar de Ironmouth Range un guardabosques informó que había visto dos perros, y un malhumorado granjero había dicho en el Almacén de Ramos Generales (el Teléfono Público) de Joe Wood, en Philipville, que si le echaba mano a un cierto perro blanco («Feo como el pecado y una verdadera bestia salvaje») que le había matado un grupo de gallinas premiadas y golpeado a su pobre y pacífico collie, le rompería cada hueso del cuerpo.

Peter se sonrió por primera vez al oír esto: le había evocado un cuadro vívido de Bodger en su elemento agresivo, disfrutando de esa pelea y contento de su maldad y sin arrepentirse, como siempre. Le gustaba oír esto más que cualquier otra cosa porque sabía que su insaciable payaso no había nacido para estar triste o inseguro. Se guardó la pena para sí. Ahora estaba convencido de que Bodger había muerto y, casi seguramente, Luath.

La actitud de Elizabeth fue el polo opuesto de su hermano. Estaba firme y absolutamente convencida de que su Tao vivía y de que, tarde o temprano, volvería. Nada podía conmover su confianza, por más que no se hubieran tenido noticias del gato desde que saliera de la casa de los Nurmi. Pero esto había ocurrido mucho tiempo atrás y a muchas millas de distancia. Desechó, con tacto, todos sus esfuerzos por explicar las circunstancias en contra que tendría el gato para regresar. Algún día, un arrepentido gato siamés volvería a aparecer y, después de reprenderlo por su

inconsciente vagabundeo, le daría con placer y para su sorpresa el nuevo collar rojo.

Pero Elizabeth era la única que conservaba esa alegre confianza. Después de la amable llamada de John Mackenzie, diciendo que los dos perros habían estado vivos diez días antes, la familia observó el mapa y vio la barrera que se extendía entre ellos y cualquier esperanza: era una zona solitaria, áspera y cruel cómo para terminar con la fortaleza de cualquier perro vigoroso y joven, para no decir nada del otro, enfermo, medio muerto de hambre y agotado que describió el señor Mackenzie, puntero y compañero del primero y a quien los años traicionaban. Lo único que se podía esperar era que el fin de su viaje hubiera ocurrido rápida y piadosamente en esa soledad.

Longridge estaba visitando a los Hunter. En parte porque quería alejarse de todas las deprimentes llamadas telefónicas de gente bien intencionada pero mal informada, y en parte porque el domingo siguiente era el cumpleaños de Peter, sugirió que todos fueran a hacer campamento en la casa de verano de los Hunter, en el lago Windigo. Aunque estaba cerrada en el invierno, podían llevar sus bolsas de dormir, usando sólo el living y la cocina, que podrían calefaccionarse.

Al principio, Elizabeth sintió remordimientos de conciencia al dejar la casa por si Tao decidía volver ese fin de semana. Pero Longridge le mostró que el lago Windigo quedaba justo en la ruta hacia el oeste, según él había visto en el mapa, y le recordó que Tao conocía los alrededores de esa zona, en millas a la redonda, por sus numerosas excursiones con los perros. Elizabeth empaquetó el collar rojo y pareció satisfecha. Demasiado, sospechó él, dada su terrible desilusión.

La casa estaba llena de recuerdos, pero era más fácil acostumbrar la mente a los nuevos y prepararla para la pérdida de otros tan distintos en esa época del año. Era como si estuvieran descubriendo un nuevo mundo: un lago frío sin botes, las casas de los alrededores cerradas y vacías. Veían caminos que ni ellos mismos sabían que existían, ahora que los árboles estaban desnudos y la maleza se había extinguido. Peter tenía una nueva cámara fotográfica y se pasaba horas acercándose cautelosamente a mapaches, ardillas y pájaros. Elizabeth vivía gran parte del día en una casita que habían fabricado precariamente el verano anterior entre tres grandes abedules al borde del lago.

En la tarde del último día, el domingo en que Peter cumplía años, decidieron efectuar una última expedición, tomando el viejo camino del lago Allen hasta la colina del Punto de Observación y regresando por la orilla del lago. Fue un viaje muy divertido, caminando entre el aire diáfano y fresco, sobre hojas gruesas y suaves en los senderos tranquilos y en la saludable e indefinible paz y serenidad del norte.

Marcharon la mayor parte del trayecto en silenciosa compañía, cada uno ocupado en sus propios pensamientos. Para Jim Hunter, una caminata sin perro carecía de sabor y se acordó de otros días otoñales cuando, escopeta en mano, se internaba en

esa misma pacífica soledad, con Luath a su lado, ordenándole que fuera a buscar una perdiz, y éste regresaba con la presa suavemente apretada en la boca. Después recordó los amaneceres y los crepúsculos en los pantanos y los lagos de Manitoba; en las frías horas de espera paciente compartidas en canoas, escondites y campos cubiertos de rastros. La descripción que Mackenzie había hecho en la última acción de Luath al cobrar una pieza lo afectó más que ninguna otra cosa, pues sabía la frustrada humillación que debió sentir su perro al tener que llevar un pájaro con su boca cerrada a causa de los dolores.

Peter había tomado un atajo para subir una empinada colina. Se sentó en un tronco caído, contemplando el espacio. También él recordó lo ocurrido el año pasado para esa misma época cuando intentó adiestrar a Bodger como perro cazador arrojándole un guante de cuero relleno a un matorral, después de disparar su escopeta y la voluntariosa y ávida colaboración que recibió el primer día de esa práctica, seguida por una sensación de impotencia que se manifestaba en su cola caída y en sus orejas gachas, agravada por una sordera que se iba acrecentando, sus patas que cojeaban y un insoportable aire de martirio, que culminó dos días después, cuando Bodger salió del matorral con una expresión de perplejidad pero sin el guante. Las comisuras de los labios formaron una leve sonrisa en la cara de Peter al recordar la escena siguiente: el tercer día volvió a repetir la operación de arrojar un guante. Entonces siguió cautelosamente a su Esperanza Blanca por las profundidades del matorral y vio al artero Bodger cavar furiosamente para enterrar el tercer guante.

Suspiró, frotándose los ojos con el dorso de la mano, en medio de esa súbita soledad y recogió la cámara pues oyó que se acercaba su familia.

Todos se sentaron un largo rato en las rocas planas de la Colina del Mirador, donde mucho tiempo antes los indios habían construido sus fogatas de advertencia, mirando más allá de las interminables cadenas de lagos y sierras cubiertas de árboles a la distante mancha que era el gran Lago Superior. Todo estaba en calma y silencioso. Un paro cantó su plañidera pieza y un pajarito llegó aleteando pero sin hacer ruido, para recoger unas migajas a pocos pies de ellos. Todos permanecieron callados y preocupados.

De pronto Elizabeth se levantó.

—¡Escucha! —exclamó—. ¡Escucha, papá! Oigo ladrar a un perro.

Un silencio absoluto reinó cuando todos aguzaron sus oídos en dirección a las colinas de atrás. Nadie oyó nada.

—Te estás imaginando cosas —le dijo a su madre—. O quizá fue un zorro. Vamos, tenemos que regresar.

—¡Espera, espera un minuto! También tú vas a poder oírlo dentro de un minuto —le susurró Elizabeth. Y la madre, recordando que el oído de la niña era lo suficientemente joven y agudo como para oír el chillido de los murciélagos y otros

ruidos perdidos para los adultos —y que ya había perdido hasta Peter—, permaneció callada.

La expresión tensa y alerta de Elizabeth se tornó en una floreciente sonrisa.

—¡Es Luath! —exclamó—. Conozco sus ladridos.

—No nos hagas eso, Liz —le dijo su padre, amable y descreídamente—. Es...

También Peter creyó haber oído algo en ese momento y ordenó que se callaran.

Nuevamente reinó el silencio. Todos aguzaron sus oídos en un suspenso agónico. No oyeron nada. Pero Elizabeth estaba tan convencida, en tal forma llevaba escrito en su cara el haberlo reconocido, que Jim Hunter experimentó una sensación extraña y expectante. Cada fibra de su cuerpo se estremecía con la certeza de que algo estaba ocurriendo. Se levantó y bajó apresuradamente el estrecho sendero hasta donde se unía con el camino más ancho que daba a la colina.

—¡Silba, papá! —le dijo Peter, jadeando, detrás de él.

El silbido surgió penetrante y suave. Y antes de que su eco se extinguiera, se oyó un ladrido, como respuesta, en torno de las colinas.

Todos permanecieron inmóviles en esa tarde tranquila, con sus cuerpos tensos esperando que terminara el suspenso. Estaban al final del camino, aguardando darle la bienvenida al cansado viajero que había hecho ese largo recorrido con tanta confianza. No debieron esperar mucho.

Abriéndose paso entre los matorrales de la ladera surgió un cuerpo pequeño en el camino. Hizo los últimos dos metros que le faltaban con una gracia nada deliberada para detenerse suavemente a los pies del grupo. El discordante y sobrenatural gemido de un esperado siamés pobló el aire.

Elizabeth tenía la cara radiante de alegría. Se arrodilló y levantó al gato, que ronroneaba, inmóvil.

—¡Oh, Tao! —le dijo, en voz baja y, mientras lo recogía para abrazarlo, se puso al cuello las patitas negras del animal—. ¡Tao! —susurró, hundiendo su nariz en esos pelos suaves que olían a tomillo. Tao apretó sus garras con tal éxtasis de amor que Elizabeth casi se ahogó.

Longridge nunca creyó que fuera un hombre especialmente emotivo. Pero cuando el Labrador apareció un instante después, una sombra esquelética del soberbio perro que había visto por última vez, corriendo a todo lo que le daban las piernas hacia su amo, con toda su alma asomando por sus ojos hundidos, sintió un nudo en la garganta. Y cuando oyó los sonidos inarticulados y casi de ahogo que siguieron después, al saltar sobre su amo, y la expresión de su amigo, tuvo que darse vuelta y fingió estar aflojando las amorosas patas de Tao.

Pasaron los minutos. Todos empezaron a hablar al mismo tiempo, reunidos en torno del perro para acariciarlo y tranquilizarlo hasta que él también dio rienda suelta a lo que sentía y ladró como si jamás fuera a parar, temblando violentamente, con los

ojos más vivos que nunca, sin apartarlos de la cara de su amo. El gato, en los hombros de Elizabeth, se unió emitiendo unos ruidos estridentes. Todos se reían, hablaban o lloraban a la vez y, durante un rato, ese tranquilo bosque se convirtió en un pandemonio.

De pronto, como si un mismo pensamiento hubiera asaltado a todos, se produjo el silencio. Nadie se atrevía a mirar a Peter. El niño estaba de pie, a un costado, golpeando sin propósito alguno una ramita hasta que quedó convertida en una cinta en sus manos. No había tocado a Luath y se dio vuelta cuando el perro se acercó a todos, incluyéndolo a él, como si estuviera saludando a cada uno en una actitud casi humana.

—Estoy contento de que haya vuelto, papá —fue lo único que dijo—. Y también que haya vuelto tu Tao —agregó, dirigiéndose a Elizabeth, con una sonrisa forzada.

Elizabeth estalló en lágrimas. Peter rascó a Tao detrás de las orejas, en un gesto extraño y cohibido.

—No esperaba otra cosa... te lo dije, te lo dije —repetía el chico, evitando la mirada de su familia—. Ustedes bajen... yo los alcanzaré después. Quiero volver al Mirador para ver si puedo sacarle una foto decente a ese pájaro.

«No va a haber jamás una foto más nublada de uno de esos pájaros», se dijo el tío John, con tristeza. Obedeciendo a un impulso, habló en voz alta:

—¿Qué tal si te acompaño? Podría arrojar unas migas y tal vez el pájaro se acerque. —No bien lo dijo deseó haberse mordido la lengua, esperando un rechazo. Pero, para su sorpresa, el muchacho aceptó el ofrecimiento.

Vieron cómo el resto de la familia descendía por el sendero, con Tao aún aferrado entre los brazos de Elizabeth y adorando a Luath, el cual ya había recuperado su posición junto a los talones de su amo.

Los dos que quedaban regresaron al Punto de Observación o Mirador. Tomaron algunas fotos y de un árbol sacaron un hongo de extraña forma y encontraron, por increíble que parezca, el núcleo cilíndrico de un taladro de diamante. Y durante todo el tiempo charlaban: hablaban de cohetes, de órbitas, del espacio, de los siete estómagos de una vaca, del tiempo que haría al día siguiente. Pero ninguno mencionó a los perros.

Mientras seguían hablando llegaron a la bifurcación del sendero. Longridge le echó un vistazo a su reloj. Ya era tiempo de irse. Miró a Peter y empezó a decirle:

—Sería mejor que nos fuér...

Pero su voz se fue diluyendo al ver la cara tensa y rígida del muchacho. Después siguió la dirección de su mirada.

Allá abajo en el sendero, fuera de la oscuridad del matorral y entre los rayos oblicuos del sol, corriendo con su típico andar de marinero, venía... Ch. Boroughcastle, brigadier de Doune.

El raído estandarte de su cola flameaba detrás del Brigadier, con las orejas llenas de cicatrices, producto de su batalla, erguidas y hacia adelante, y su aristocrática y rosada nariz torcida, esforzándose por abarcar todo lo que su escasa vista le negaba. Flaco y cansado, esperanzado y feliz, y hambriento, con la cara encendida de esperanzas, el viejo guerrero retornaba de la soledad. Bodger, hermoso por una vez, venía lo más rápido que podía.

Inició una carrera, cada vez más veloz, como para vencer el tiempo. Peter corrió hacia él.

John Longridge se apartó y los dejó. El perro y el chico formaron una unión en la que era difícil distinguir a uno del otro, viviendo su propio mundo. Longridge empezó a bajar por el sendero, como en un sueño. Sus ojos no veían nada.

A mitad de camino percibió la figura de un animalito que corría como un rayo hacia él. Sorteó sus piernas con agilidad y captó la instantánea mirada de una cara con antifaz negro y una larga cola negra antes de verlo desaparecer en un segundo, subiendo por el sendero.

Era Tao, que volvía junto a su viejo amigo, para terminar juntos el viaje.



SHEILA BURNFORD. Nació el 11 de mayo de 1918 en Escocia, donde estudió en St. George's School de Edimburgo. Se casó con el doctor David Burnford en 1941 y trabajó como conductora de ambulancias en la Segunda Guerra Mundial. En 1951 emigró con su esposo a Canadá, donde tuvieron tres hijas y tres mascotas. Estos animales la inspiraron para escribir *El viaje increíble*, que fue publicado en 1960. En 1963, se estrenó la adaptación cinematográfica producida por Walt Disney y el libro se convirtió en bestseller.

Escribió varios libros para adultos basándose en sus experiencias viviendo en Canadá, viajando en trineos de perros y observando narvales. También escribió un libro llamado *Bel Ria* sobre un perro que recorre Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

Sheila Burnford falleció en Bucklers Hard, Hampshire, Inglaterra el 20 de abril de 1984, a la edad de 65 años.